

LA PETIMETRA

COMEDIA

PERSONAS

DON DAMIAN.	DON RODRIGO, su tio.
DON FÉLIX.	ANA, criada.
DOÑA JERÓNIMA.	MARTINA, criada.
DOÑA MARÍA.	ROQUE.

LA ESCENA SE REPRESENTA EN MADRID EN EL CUARTO DE DOÑA
JERÓNIMA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

DAMIAN. Que esperemos aquí un poco
La criada respondió,
FÉLIX. Bien digo, don Damian, yo,
Que vos debéis de estar loco :
Cuando acabo de llegar
Hoy desde Valladolid,
Apénas entro en Madrid,
¿ Y ya me hacéis visitar ?
DAMIAN. Presto, don Félix, veréis,
Que tenéis que agradecerme.
FÉLIX. Pues si queréis complacerme,
Y si obligarme queréis,
Dadme cuenta, don Damian,
De lo que queréis de mí,
Y á qué venimos aquí ;
¿ Qué casa es esa ? ¿ qué afan

Es el que tenéis con vos?
 DAMIAN. Don Félix, yo os lo diré;
 Pero primero veré
 Si estamos solos los dos.

FÉLIX. Solos parece que estamos.

DAMIAN. Pues atended....

FÉLIX. Ya os escucho.

DAMIAN. Bien sabéis que habrá tres años
 Que á Valladolid partisteis,
 Con harto pesar de entrambos,
 Á estudiar, y bien sabéis
 Cuán libre yo de los lazos
 Viví, con que amor enreda
 Los jóvenes descuidados.
 Pues no há, don Félix, tres meses
 Que una mañana en el Prado
 Al pié de un árbol sentada,
 Del fresco ambiente gozando,
 Hallé una dama tan bella,
 Que no cabiendo en el labio
 Su perfeccion, no la pinto;
 Pues siendo hermoso milagro,
 La apoco si la exagero,
 La ofendo si la retrato.
 Valido de la ocasion,
 Con el sombrero en la mano,
 Disimulando lo amante
 Con muestras de cortesano,
 La hablé; respondió discreta
 Y afable; mas no es extraño,
 Siendo discreta, que huyese
 Del vulgar grosero trato
 De aquellas, que encubrir quieren
 La necedad con lo ingrato.
 Acompañéla á su casa,
 É inquiriendo y preguntando,
 Llegué á saber finalmente,
 Por los vecinos del barrio,
 Que es la dama por quien muero
 Y en cuyos ojos me abraso,
 Doña Jerónima Pérez,
 En cuya casa hoy estamos.

Es tan la su bizarria,
 Su perfeccion y su garbo,
 Que es lo ménos su hermosura,
 Con tenerla en sumo grado.
 Aquel andar tan airoso,
 Aquel chiste y descufado,
 Aquel primor con que juega
 De la basquiña y el manto,
 Su discrecion, su gracejo,
 La invencion de su tocado,
 El buen gusto en el vestir,
 Y del vestido lo extraño,
 Admiracion de la corte
 Es, y aun de la España ; y tanto,
 Que ya por antonomasia
 (Sin hacer cuenta ni caso
 De tan bellas damas como
 Tiene el recinto mantuano)
 La Petimetra la llaman,
 Título con que se ha alzado,
 Y en Madrid es conocida.
 Discurre tú por un rato
 Cuál será la que hace raya
 En pueblo tan dilatado.
 Y aun te aseguro quisiera
 No fuese su primor tanto,
 Por el peligro que tiene
 Lo culto con lo afectado.
 Es su dote, cuando ménos,
 Diez y siete mil ducados,
 Segun ella me lo ha dicho.
 Doña María Fajardo
 Es su prima, y ambas juntas
 Viven en un mismo cuarto ;
 Pero es de doña María
 Tan circunspecto el recato,
 Que ni aun que la hablen permite
 Y es su genio tan cerrado,
 Cuanto abierto el de su prima ;
 Y en mí su modestia ha obrado
 Ocultamente, de suerte
 Que aunque estoy enamorado

De Jerónima, si el dote
 Fortuna hubiera trocado,
 Me trocara yo tambien ;
 Que la hermosura echó el fallo
 En su rostro, y á gastar
 El adorno y aparato
 De estotra, no fuera ménos ;
 Pero pues así los hados
 Lo quieren, perdone el mundo,
 Que á Jerónima idolatro.
 Á las dos las cela un tio,
 Tan ridículo abogado,
 Que si por algun descuido
 Nos hallara en este cuarto,
 Con ambas primas por fuerza
 Nos casáramos entrambos ;
 Y por saber que á estas horas
 Don Rodrigo está estudiando,
 Vengo, porque por de noche
 Ni á la tarde es excusado,
 Segun la gran vigilancia
 Con que las está guardando ;
 Pues no hay Mercurio que baste
 Para adormecer tal Árgos.

FÉLIX. Cierto, don Damian amigo,
 Que admiracion me ha causado.

DAMIAN. Pues aun es mas lo callado,
 Don Félix, que lo que digo.

FÉLIX. Me hace admirar el saber
 Que es don Rodrigo su tio.

ESCENA II.

DICHOS Y MARTINA.

MARTINA. Usted y este señor mio
 Irse pueden, y volver
 Como de aquí á média hora.

DAMIAN. Pues ¿ qué hay de nuevo, Martina ;

MARTINA. Que mi ama está en la cocina,
 Y en la cama mi señora.

DAMIAN. ¿ Tu ama, y tu señora? di,

MARTINA. ¿Cuál es tu señora, y tu ama?
 Con la cocina y la cama
 Juzgo que lo distingui;
 Pues ¿quién hay que en buena cuenta
 No saque por conclusion,
 Que todas las amas son
 Cual la puerca cenicienta?
 Y siendo esto último en casa,
 Doña María, á fe, á fe
 Que no hay duda alguna en que
 Del grado de ama no pasa;
 Mas á estotra es disparate
 El no llamarla señora;
 Su prima la llevó ahora
 Á la cama el chocolate,
 Y va á empezarse á vestir.
 Pues adios, Martina.

DAMIAN.

FÉLIX.

Adios...

MARTINA.

Tengo para entre los dos
 Una cosa que decir.

ESCENA III.

DON DAMIAN Y MARTINA.

DAMIAN.

¿Y qué es?

MARTINA.

Una friolera,
 Si usted no lo tiene á mal.

DAMIAN.

¿Yo? No por cierto : di, ¿cuál
 Cosa quieres?

MARTINA.

Yo quisiera

Un peso gordo, señor,
 Que tengo de menester.

DAMIAN.

Pues ¿qué te quieres hacer?

MARTINA.

Un delantal de labor,
 Y aun no se ha cumplido el mes,
 Y no le quiero pedir.

DAMIAN.

Pues que tengo que venir,
 Yo te le daré despues.

MARTINA.

Pues ¿qué mejor ocasion,
 Si es que tenéis voluntad?

DAMIAN.

Estoy de prisa.

MARTINA.

En verdad,
Que aquesas disculpas son...

DAMIAN.

¿ Qué son?

MARTINA.

Ganas de no darle.

DAMIAN.

¿ No te he dicho ya que sí?

MARTINA.

El equívoco entendí.

DAMIAN.

No tienes que interpretarle.

Adios, hasta luego.

ESCENA IV.

MARTINA.

En humo

Verle quisiera volver.

Y ; que haya simple mujer,

Que á galan que no da zumo

Por mas que le aprietan, quiera,

Y por él esté muriendo,

Siendo un don Juan Pereciendo,

Sin blanca en la faltriquera!

¡ Y que esta mujer se muera

Por aqueste mentecato,

Paseante y almirantero,

Viga derecha y pelmazo!

Sí, señor : mucho galon,

Que ayer lo desechó el amo

Mucha vuelta con feston,

Buena média y buen zapato,

Sombrero fino, y la capa

Con tanto terciopelazo,

Espadin preso al ojal,

Cual venera ó relicario ;

Y todo esto ; en qué se funda?

En que soy don Damian Pablos

Escribiente de un señor,

Con racion de nueve cuartos,

Acribillado de trampas,

A puro pedir prestado,

Y andar engañando bobas

Con fingidos mayorazgos.

Pero á fe, que de los dos

No sé cuál mas engañado

Será, porque la tal dama,
Sin ser juicio temerario,
Entre veinte compañeros
Valdrá cuatro ó cinco ochavos
Ella, su dote y su ropa.

ESCENA V.

DOÑA MARÍA Y MARTINA.

MARÍA. ¿Qué estás ahí, Martina, hablando?

¿Quién era aquel forastero,
Que con don Damian ha estado?

MARTINA. Yo no se lo he preguntado.

MARÍA. Pues yo de su traza infiero,
Que es hombre de calidad.

MARTINA. ¿En qué lo conoce usted?

MARÍA. En su porte.

MARTINA. Conoced

Quién es él por su amistad.

MARÍA. Pues ¿qué amistad es la suya?

MARTINA. La del que le traje aquí.

MARÍA. Yo nunca en mi vida vi

Libertad como la tuya.

MARTINA. ¿Qué es libertad? no, señora,

Bien la pura verdad ves,

Porque cual la amistad es,

Tal es el amigo ahora.

Y él será, aunque es tan galan,

Siendo de su mesmo estambre,

Un don Rabiando de hambre,

Como el señor don Damian.

MARÍA. Calla, no lo oiga mi prima,

Que sale.

MARTINA. ¡Y con qué alborozol!

MARÍA. No me parece mal mozo.

MARTINA. Dale.

ESCENA VI.

DOÑA JERÓNIMA Y ANA.

JERÓNIMA. Tengo en mucha estima,

Anita, ese pitibú.

Anda, y búscamele tú.

(Vase Ana.)

MARTINA. ¿ No era mejor la cofieta
Con cinta del cigarrito?

JERÓNIMA. No, que me la puse ayer,
Y hoy ponérmela es delito.

MARTINA. Pues ¿ qué importa?

JERÓNIMA. Mentecata,

¿ Te has criado en las Batuecas?

Dime : ¿ dónde has visto tú,
Que una mujer de mis prendas
Use dos veces seguidas

Una cosa mesma? que eso

Se estilará en tu lugar,

Donde todo el año entero

La propia saya y jubon

Trae la mujer del alcalde,

Y si no lo halla de balde,

No se muda ni un cordon.

Mas yo que tal cual me veo,

Á Dios gracias, poderosa,

¿ Por qué he de usar una cosa

Como tú dices arreo?

MARTINA. Es que el buen gusto pudiera
Ese defecto suplir.

JERÓNIMA. No hay gusto en el repetir.

(Vuelve Ana.)

ANA. Juzgué que con él no diera,
Segun estaba escondido;
Pero en fin ha parecido.

JERONIMA. ¿ Y el espejo?

ANA. Ya está aquí.

JERÓNIMA. Oyes, me parece á mí
Que mas limpio puede estar.

ANA. Pues ¿ cómo le he de limpiar?

JERÓNIMA. ¿ Cómo has de limpiarle? así.

(Limpiale.)

¿ No ves esas listas anchas?

¡ Qué curiosidad tan pura!

Así á mí se me figura

Que tengo el rostro con manchas.

ANA. Yo bien le limpié.

JERÓNIMA. ¿ Qué altercas?

No es cierto para rabiarse,
 No poderse bien peinar,
 Por el tesón de estas puercas!
 ¡Que tal necesidad reine
 En un siglo tan contrario,
 Que he de pagarla un salario,
 No más de porque me peine!
 Y está con su habilidad
 Tan vana la tal criada,
 Que hace esto, y no hace más nada;
 Pues por cierto y por verdad,
 Que veinte reales al mes,
 Dos cuartos que almuerzo llama,
 Y los desechos del ama,
 Moco de pavo no es.
 Y esto de que es menester
 Estar por fuera decente
 Es lo que te hace insolente,
 Y te hace ensoberbecer.
 Ahora digo, y con razón,
 Habiendo en vestir tal norma,
 Que las mujeres de forma
 Tenemos gran sujeción.
 ¿Vamos á peinar?

ANA.

Señora...

Si usted sabe que en peinar
 No la pudo contentar
 Otra criada hasta ahora,
 Y que luego que yo entré,
 Sin ser esto vanidad,
 Con mi grande habilidad
 Toda la corte admiré,
 ¿Para qué es tanto rigor,
 Por un descuido no más?

JERÓNIMA.

¿Cuándo tú refrenarás
 El pico tan hablador?

ANA.

¿Pues no me has de permitir;
 Ni hablar con modo debido,
 Habiéndote merecido
 (Déjame ahora decir)
 La confianza tan grande,
 Que no á todas se la dan,

- Dei amor de don Damian
 JERÓNIMA. Ya recelo yo que ande
 Bien en tu boca mi honor,
 Mas ¡desdichada de tí!
- ANA. No receles tal, y di,
 Sin lisonja ni favor :
 En acertarse á peinar,
 Y en ponerse el pitibú,
 ¿Hay alguna como tú?
- JERÓNIMA. No te lo puedo negar.
 ANA. Ni negarás que tu porte
 Es ya por mi aplicacion
 Envidia y admiracion
 De las damas de la corte.
- JERÓNIMA. Cierto.
 ANA. Y si mas se penetra,
 Segun todo el mundo vió,
 Desde que te peino yo,
 Te llaman la Petimetra.
- JERÓNIMA. Es verdad.
 ANA. Pues si es. ¿ por qué
 Al punto te has de enojar
 En oyéndome hablar
 Cualquier cosa ?
- JERÓNIMA. Me enojé,
 No tanto por lo que hablaste,
 Como que por tu descuido
 Lleno de polvo y torcido
 El espejo me sacaste ;
 Y no es modo de servir
 Este.
- ANA. No me riñas mas
 Y aplaude otras prendas mías.
- JERÓNIMA. Y tantas habladurias,
 ¿ Á qué asunto las dirás ?
- ANA. Dígolo, porque pudiera
 Darme alguna estimacion
 El tener con perfeccion
 Mi habilidad peluquera.
 Y no es eso solamente
 Lo que en mí se encontrará,
 Porque otra ninguna habrá

Que pueda poner decente
 Con ménos costa á su ama,
 Pues de cualquier trapo viejo
 Formado un vestido de
 Digno de la mejor dama ;
 Que los vestidos de hoy dia
 No son de coste, señora,
 Porque sólo se usa ahora
 Hojarasca y policia ;
 Y los pocos que tú tienes
 (Ahora que solas estamos)
 Bien sabes que siempre andamos
 Mudándolos.

JERÓNIMA

Te entretienes

Mas de lo que es menester.

ANA.

Porque parezcan distintas,

Ya guarniciones, ya cintas...

JERÓNIMA.

¡ Qué habladora estás, mujer !

ANA.

En la bata.

JERÓNIMA.

Déjalo.

ANA.

En la basquiña y la falla.

JERÓNIMA.

Vamos á peinarme, y calla.

ANA.

Pero todo lo hago yo.

JERÓNIMA.

Sí, mas tráeme el peinador.

ANA.

Ya le tengo aquí, señora.

JERÓNIMA.

Anita, digo que ahora

Quitarme el vello es mejor,

Ántes que venga mas gente.

ANA.

Pues qué, ¿ no se quitó ayer ?

JERÓNIMA.

No importa, que da en crecer,

Y apenas tengo los veinte ;

Trae el vidrio, si te place,

Si no, con pez ó con cera.

ANA.

Tengo mi madre vellera,

Y ¿ no sabré cómo se hace ?

JERÓNIMA.

Mas calla, que Mariquita

Ya con sus ridiculeces

Viene aqui.

ESCENA VII.

DOÑA MARÍA Y DICHAS.

MARÍA.

¡ Jesus mil veces
 ¿ Es posible Jeromita,
 Que á estas horas sin vestir
 Estés en el tocador,
 Sin ponerte á hacer labor,
 Ni quererte persuadir
 Á que tanto señorío
 Como el tuyo no está bien,
 Ni le corresponde á quien
 Á expensas vive de un tío ?
 Ya sabes que la fortuna
 Hoy me tiene reservados
 Diez y siete mil ducados,
 Y que á ti mas importuna
 Te miró. No te alborote ;
 Pues no es vileza infamada
 El que una doncella honrada
 Lleve en honor todo el dote ;
 Y tú no contenta, prima,
 Con andar vociferando
 Que es tuyo, me estás tratando
 Con desprecio y sin estima.
 Ya ves que tú no haces nada,
 Y yo siempre cocinera
 Te sirvo, como si fuera
 La mas indigna criada.
 Pues no, prima, no es razon,
 Que la que ha de ser mujer
 De todo debe saber,
 Del estrado y del fogon.
 Bien sabes que nuestro tío
 Muy agrio contigo está,
 Y por eso te habla ya
 Con despego y con desvío.
 Todos se burlan de ti,
 Y tú lo juzgas favor,
 Que el celebrarte el humor

Es chanza que se usa aquí.
JERÓNIMA. Bueno es eso ; tú quisieras
 Que una puerca fuera yo,
 Y que me arrastren, ó no
 Calandrajos y arpilleras,
 Arpillera y calandrajos
 Fuesen mi adorno y mi tren,
 Y que llevara tambien
 Por defuera los zancajos.
 Quisieras que yo anduviese
 Con tanto moco colgando,
 Y que con los piés andand
 Hiciera una y otra ese.
 Que llevara el delantal
 Arrastrando por un lado,
 Y del otro levantado
 Con las rodillas igual.
 Quisieras que me peinara
 En bolsa, moño, ó rodete,
 Ó que anduviera el copete
 Ofuscándome la cara.
 Que el manto sin punta fuese
 Como viuda ó alcahueta,
 Y una cola de bayeta
 Con que las calles barriese.
 Quisieras...

MARÍA No quiero nada :
 Entendámonos, mujer,
 Que un medio se ha de escoger,
 Y está la riña acabada.

Pues ni tanto ni tan poco
 Es lo que te pido yo ;
 Lo sucio no me gustó,
 Ni mirar colgando el moco.

JERÓNIMA. Una parte la limpieza
 Es de la buena crianza.

MARÍA. Cierto, y merece alabanza
 De alma y cuerpo la pureza.

JERÓNIMA. Pues ¿ qué tienes que notar ?

MARÍA. El exceso.

JERÓNIMA. No hay exceso

En mí, porque para eso

Dios me quiso destinar
Buenos padres.

MARÍA. Pues á mí

¿Tan malos me los ha dado?

JERÓNIMA. No, pero tú has declinado

Al paso que yo subí.

MARÍA. ¿Declinar yo? ¿qué motivo

Para una razon como esta

He dado yo? ¿por ventura

Conservarás tu nobleza

Con pompa y con vanidad,

Sin tener de dónde venga?

¿Afrento yo á mi linaje

Porque vivo con modestia

Decente, no escandalosa,

Bien limpia, y no deshonesta?

¿Tan grande es mi desaseo,

Que si el tiempo que tú empleas

En tocarte, le gastara

Yo en la misma diligencia,

No hiciera bien mi papel

Por cualquier parte que fuera?

¿No te corres, prima mía,

De que te traigan en lenguas,

Llamándote todo el mundo

Á una voz la Petimetra?

Y es lo peor que tú juzgas,

Que es honra para ti inmensa

Lo que tuvieran por nada

Las locas maravilleras.

¡Qué título tan famoso!

Por cierto, que si tuvieras

Juicio y discurso, la cara

De empacho te se cayera;

Pues á mi aun el ir contigo

Me da temor y vergüenza,

Porque todos son fantasmas,

Postes, visajes y muecas.

Y yo no sé qué interes

Tan vano es el que te lleva

Por ese hombre vagabundo;

Pues si quién es consideras,

Verás que lo ménos malo
 Que tiene es suma pobreza,
 Poco dinero, mucha hambre
 Y mas aire en la cabeza.
 El de ti se está burlando,
 Y como te lisonjea,
 Entiendes que es discrecion
 Lo que es solapa y cautela.
 Y esta criada, que el diablo
 Trajo, porque tú te pierdas,
 Es la que tiene la culpa
 De las mas de tus simplezas.
 Ella con sus embelecocos
 Te embrolla, y.....

ANA.

Señora, buena

Noticias, por vida mia ;
 Pues no, yo no aguanto de esas
 Si imagina que en Madrid
 Me faltará conveniencia...
 Pues tasadamente en casa
 De cuatro ó cinco duquesas
 Me están rogando que vaya
 Con mucho empeño, y si fuera
 Allí me celebrarían
 Lo que aquí me vituperan.

ESCENA VIII.

DICHAS Y MARTINA.

MARTINA.

Señora, don Damian viene.

JERÓNIMA.

Pues lo que mi amor te ruega,
 Mariquita, es que te acuerdes
 Que naciste con prudencia.

MARÍA.

¿Viene aquel otro tambien ?

MARTINA.

Sí, señora.

MARÍA.

No, no temas,

Que una cosa es estar solas,
 Y otra haber gente de fuera.

MARTINA.

Aprisa, que está esperando.

MARÍA.

Dile que entre.

JERÓNIMA.

Di que venga.

MARTINA. Voy.

JERÓNIMA. Al instante, al instante,
Anita, limpia esa mesa,
Arrima esos taburetes,
Corre esa cortina aprieta,
Quita de allí aquella jarra,
Y eso que emporcó la perra,
Llévate ese candelero,
Y las despabiladeras,
Y venga quien venga ahora.

ESCENA IX.

DICHOS, MARTINA, DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

MARTINA. ¿Y aquello?

(De dentro.)

DAMIAN. No has de ser necia.

MARTINA. ¿Pues no dijo usted que luego?

DAMIAN. Es verdad.

MARTINA. Pues vaya.

JERÓNIMA. ¿No entra.

El señor don Damian?

DAMIAN. Sólo

(Salen.)

Esperaba esa licencia.

JERÓNIMA. Dichosos, señor, los ojos

Que os ven.

DAMIAN. Muy enhorabuena;

Pues siendo los vuestros, pido

Para ellos dichas eternas.

JERÓNIMA. Discreto venís.

DAMIAN. Señora,

Ya todo el mundo confiesa

Que lo soy, no porque en nada

Mis estudios lo comprueban;

Mas por ver cuán acertada

Es mi eleccion, pues venera

Vuestras órdenes.

JERÓNIMA. Mil gracias:

Tomad sillas.

FÉLIX. La obediencia

Disculpe la confianza.

JERÓNIMA. Y aunque curiosidad sea

Propia en nosotras, sepamos,
Si no hay cosa que lo veda,
Quién es este caballero.

MARÍA. Eso mi atención espera.

(*Aparte.*)

FÉLIX. Vuestro esclavo.

JERÓNIMA. Señor mío.

DAMIAN. Es don Félix de Contréras,
Que de Valladolid vino
Hoy, y amistad muy estrecha
Profesamos, y fiado
Yo en la benignidad vuestra,
Me tomé el atrevimiento
De traerle.

JERÓNIMA. Y desde hoy sepa,
Que es muy suya aquesta casa.

FÉLIX. Para acudir siempre á ella
Á ofrecer mis rendimientos,
Como debo.

MARÍA. Á poseerla.

JERÓNIMA. Y ¿qué os parece la corte?

FÉLIX. No es para mí cosa nueva.

JERÓNIMA. ¿Habéis otra vez estado?

FÉLIX. Señora, si nací en ella.

JERÓNIMA. Pues no extrañaréis tampoco
De hallarme á una hora como esta
Tan indecente; y es cierto,
Que así estar yo no debiera,
Viniendo à favorecerme
Vos.

FÉLIX. De cualquiera manera
Estáis digna del aplauso,
Del obsequio y reverencia
Del mundo.

JERÓNIMA. Es favor que os debo.

FÉLIX. No es en mí favor, que es deuda.

MARÍA. ¡Válgame Dios, qué razones
Tan sentadas y discretas!

(*Aparte.*)

JERÓNIMA. ¿Os habéis desayunado?

DAMIAN. Ya está hecha esa diligencia.

JERÓNIMA. Trae, Martina, el chocolate.

DAMIAN. Hablemos de otra materia.

JERÓNIMA. De la que gustareis vos.

ESCENA X.

DICHOS Y ROQUE.

- ROQUE. Buenos dias. La lavandera,
Señor, pide aquellos cuartos.
- DAMIAN. ¡ Que ahora con eso te vengas
- ROQUE. ¿ Pues no he de venir, si dice
Que tiene el marido en pena,
Rabiando de sabañones,
Con dos potras y una hernia,
Y no puede trabajar ?
- DAMIAN. Anda, ve, y dila que vuelva
Otro dia, y no me enfades.
- MARTINA. Roque, cuidado si cuentas
Á alguién, que tu señor viene
Á ver á mi ama.
- ROQUE. Necia,
Tú serás la que lo digas.
- MARTINA. No por cierto, no lo creas ;
Sé yo callar de mis amas
Cosas mayores que no estas.
- ROQUE. Y yo tambien de mis amos.
- MARTINA. Secreto eres.
- ROQUE. Tú secreta.
- DAMIAN. Si al instante no te vas,
Te he de romper la cabeza.
- ROQUE. Sí así dieses los almuerzos,
Y por las noches las cenas,
No ayunara yo al trapaso
Eternamente.
- DAMIAN. ¿ Qué rezas ?
- ROQUE. El pan nuestro dánosle hoy,
Y perdoi a nuestras deudas.
- DAMIAN. Anda, infame.
- ROQUE. Usted, señor,
Quede con Dios.

ESCENA XI.

DICHOS, ménos Roque.

JERÓNIMA.

Gasta flema
Que no hay diablos que le aguanten.

DAMIAN. Que me perdonéis es fuerza
Su ignorancia.

FÉLIX. Á vos, señora,
Os servimos de molestia.

JERÓNIMA. ¿ Por qué ?

FÉLIX. Porque no os peináis.

JERÓNIMA. Fuera eso mucha llaneza.

FÉLIX. Pues estotro es despecirnos.

JERÓNIMA. Pues por no perder tan buena

Conversacion, peinaréme,

Puesto que me dais licencia.

Anita, vamos.

ANA. Las flores

De la última moda estas

Que traigo son.

JERÓNIMA. ¿ Qué os parecen ?

DAMIAN. De buen gusto.

FÉLIX. Son muy bellas.

JERÓNIMA. ¿ Lo hacéis por no disgustarme ?

DAMIAN. No, señora, aunque no fueran

Buenas de por sí, es muy cierto,

Que á ser célebres empiezan,

Cuando esperan verse ufanas,

Siendo airon de tu cabeza.

JERÓNIMA. Si en otra acaso estuviesen,

Bien sé yo que os parecieran

Algo mejor.

DAMIAN. Si en el cielo,

Trasformadas en estrellas,

Las viese resplandecer,

Como la lira y la flecha,

No las estimara mas.

JERÓNIMA. Bien sé que otra cosa os queda.

DAMIAN. Queda mucho que decir,

Que si explicarlo pudiera,

O hacer mi razon visible,

Ciertamente que no oyera

De tu boca lo que escucho.

JERÓNIMA. Que me picas.

ANA. Si es que no entra

Ese alfiler, y es por eso.

DAMIAN. Porque en mi fe verdadera

No se trasluce mentira
Ni ficciones.

JERÓNIMA. Que me aprietas.

ANA. Si es que no tienes, oyendo,
Muy segura la cabeza.

JERÓNIMA. Pues ¿ cómo la he de tener ?

ANA. Siquiera un instante quieta.

JERÓNIMA. ¿ Qué os parece á vos, don Félix,
Las disculpas, si son buenas
De vuestro amigo ?

FÉLIX. Señora,
Que ni la hay, ni puede haberla,
Juzgo, para no estimaros
Únicamente en la tierra.

JERÓNIMA. Pues él no es de esa opinion.

FÉLIX. Dudo yo que cierto sea.

JERÓNIMA. ¿ Por qué ?

FÉLIX. Porque no imagino
Que haya en el mundo tan necia
Ingratitud, que logrando,
No digo correspondencia,
Que esto es mucho, sino oídos
De vos, atrevido tenga
Ánimo para mirar
En el mundo otra belleza.
Yo, á lo ménos si lograra
Tal favor, que no lo espera
Ni mi indignidad humilde,
Ni mi encogida modestia,
Girasol eterno vuestro
Arrebatado viviera,
Y absorto en contemplacion
De cuanto naturaleza
Apuré para formaros.

JERÓNIMA. Pues aquí está quien desprecia
Todo lo que alabáis vos.

DAMIAN. No me apuréis la paciencia,
Que eso es ya desesperarme.
Con vuestras palabras mismas,
Y las de don Félix tengo
De mostrar con evidencia
Lo que os amo : vos decís

(Bien lisonja, ó verdad sea)
Que soy discreto.

JERÓNIMA. Y lo afirmo.

DAMIAN. Don Félix, que sois perfecta
Acaba de confesar.

FÉLIX. Lo confesará y confiesa.

DAMIAN. Luego siendo yo discreto,
Como vos decís, es fuerza
Que ame lo que confesáis
Vos que es perfecto ; pues fuera
Necia discrecion la que
La perfeccion no quisiera.

JERÓNIMA. Que me tiras.

ANA. Como estás
Embebecida y suspensa,
No juzgué que te tiraba.

JERÓNIMA. Me das tormento de cuerda,
Afloja, por Dios, un poco.

DAMIAN. ¿ Es á mí ?

JERÓNIMA. No, sino á esta
Tonta, que me mortifica.

DAMIAN. ¿ No me volvéis la respuesta ?

JERÓNIMA. ¡ Ah ! sí : ya no me acordaba.

DAMIAN. ¡ Válgame el cielo, qué pena !
¡ Que haya de haber siempre acasos
Que mis fortunas alteran !

JERÓNIMA. Hay argumentos, señor,
Que si sólo á lo que suenan
Se atiende, parecen claros,
Pero si se hace refleja,
Se experimenta que algunos
En la práctica falsean ;
Y así, señor don Damian,
Aunque la discrecion vuestra
Con sofistiscos engaños
Me persuade que me quiera,
Mas que de favores, lleno
De invenciones y agudezas ;
Lo que prueba el silogismo
Falsifica la experiencia.

FÉLIX. Esta mujer habla como
Si cursase las escuelas.

(Ap.)

MARÍA. Nunca vi, por mi desgracia,
Á mi prima tan discreta.

(Ap.)

JERÓNIMA. ¿No respondéis?

DAMIAN.

Sí, señora :

Estaréis muy satisfecha
De que me habéis convencido.
Pues sólo porque se vea
Que no, reparad, señora,
La artificiosa elocuencia
Con que me injuriáis; por cierto
Es que en cualquiera materia
Donde luce el artificio,
Se trasluce la cautela.
Si el corazon vuestro herido
Como tengo yo, tuvierais,
Si enajenados tuviéseis
Los sentidos y potencias,
No estuvieran tan expertos
Para con tanta presteza
Persuadir lo que no es,
Haciéndome á mí que crea
Lo que tu boca me dicta,
Aunque el alma me lo niega ;
Y así, de esto inferiremos,
Con tu permiso y licencia,
Que muy discreta anduvistes,
Pero no muy verdadera.
Grandemente se disculpa.

MARÍA.

JERÓNIMA.

MARÍA.

JERÓNIMA.

Pues yo no estoy satisfecha.

¿ Por qué ?

Muchacha, despacio,

Que me tiras y repelas.

¡ Ay qué mano tan pesada !

¡ Valgáme Dios ! ¿ quién púdiera

Ser cualquiera de vosotras,

Que de mes á mes se peina,

Y con todo está decente ?

Este trabajito lleva

La que tiene obligaciones,

Como yo.

FÉLIX.

Señora, es fuerza,

Que las mujeres de moda

Se rindan á la tarea
Cotidiana de adornarse
Como conviene á su esfera.

JERÓNIMA.

Es verdad.

DAMIAN.

Parece que

De nuestra cuestion te alejas
Sepamos en qué te ofendo,
Que hasta tanto que lo sepa
No estaré yo sosegado.

JERÓNIMA.

Pues por ver si te sosiegas,
Ya que eres tan importuno,
Anoche ¿ qué dependencias
Tuvisteis, que no os he visto?

DAMIAN.

Como contingente sea,
Y aun imposible el hablaros,
Segun dijisteis vos mesma,
No vine anoche.

JERÓNIMA.

Es verdad ;

Mas bien sabéis que á las rejas,
Ó al balcon suelo estar siempre,
Y aquel que adora de véras,
Si hablar no puede, con ver
Lleva el alma satisfecha.

DAMIAN.

Es así, pero.....

MARÍA.

Mi tio.

¡ Ay Jesus ! vamos apriesa,
Y buscar dónde esconderse.

JERÓNIMA.

Meteros en esa pieza,
Y tú, Martina, con ellos,
Para que con maña puedas
Impedir, si quiere entrar.

MARTINA.

¡ Y que esto á mí me suceda !
¡ Yo encerrada con dos hombres !
Por Cristo, que nada sepa
Roquillo.

JERÓNIMA.

Nada sabrá.

MARÍA.

Entrad, y cerrad la puerta.

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA, DOÑA JERÓNIMA, MARTINA,
ANA Y DON RODRIGO.

- RODRIGO. Este caso, por mi vida,
Me ha de perder la cabeza ;
No le ha habido semejante
En consejos ni en escuelas,
Ni el Vinio me da razon,
Ni Cujacio, ni Valencia,
Ni toda la turba-multa
De los autores, que llenan
Los estantes de mi estudio ;
Y quiero ver si en Ortega,
Que me le dejé olvidado,
Hallo algo de esta materia :
¡ Válgame Dios !
- MARÍA. Tio mio,
¿ Dónde vais con tan suspensa
Admiracion ?
- RODRIGO. Calla, niña,
Porque no son cosas estas
Para vosotras.
- MARÍA. Si estáis
Malo, ó la terciana os entra,
Id por Dios á recogeros,
Que yo con la diligencia
Que acostumbro os cuidaré.
- RODRIGO. No es terciana, ¡ ojalá fuera !
Que esto es cosa del honor.
- MARÍA. ¡ Cielo santo ! ya estoy muerta,
Cosa del honor ha dicho. (Ap.)
- RODRIGO. Y así, á entrar voy á esta pieza.
- JERÓNIMA. ¿ Á qué ?
- RODRIGO. Á que he de menester
Informarme con certeza...
- JERÓNIMA. ¿ De qué, señor ?
- RODRIGO. De una cosa.
- JERÓNIMA. ¡ Ay ! ¿ que cosa será esta ? (Ap.)
- MARÍA. No entréis, señor.

RODRIGO. Pues ¿ por qué ?

MARÍA. Está cerrada la puerta.

RODRIGO. Pues abridla, porque es
Preciso que un libro vea,
Que me le dejé olvidado.

MARÍA. Esto es ya de otra materia.

(Ap.)

RODRIGO. Y va mi honor en sacar
Con lucimiento y presteza
Á un litigante, que fia
De mí vida, honra y hacienda.

JERÓNIMA. Martina, tu señor tiene
Que hacer dentro de esa pieza,
Y quiere entrar.

MARTINA. ¡ Ay, señora !
Por san Blas y santa Elena,
Que no le dejéis.

(Dentro.)

JERÓNIMA. ¿ Por qué ?

MARTINA. Porque estoy muy deshonesta.

RODRIGO. ¿ Pues qué haces así, muchacha ?

MARTINA. ¡ Ay, señor ! me da vergüenza
De decirlo.

RODRIGO. Aprisa, acaba :
¿ Cómo estás de esa manera ?

MARTINA. Me estoy mirando las pulgas.

RODRIGO. Pues que me abras aquí es fuerza,
Que no quiero verte nada.

MARTINA. Si estoy en camisa puesta,
¿ Cómo lo he de hacer, sin que
De empacho me caiga muerta ?

RODRIGO. ¡ Qué bien que á mí me parece
El recato en las doncellas !
Pues mira, dame ese libro
Por debajo de la puerta,
Que está ahí.

MARTINA. ¿ En dónde, señor ?

RODRIGO. Ahí sobre esa papelera.

MARTINA. Señor, aquí hay tres ó cuatro.

RODRIGO. Veremos cuál de ellos sea.

(Bájase á mirar por debajo de la puerta.)

MARTINA. ¿ Será este ?

RODRIGO. Dácale á ver.

(Entretiéndose con los libros.)

ESCENA XIII.

DICHOS Y ROQUE.

- ROQUE. Deo gracias, la lavandera
Dice que esperar no puede.
- JERÓNIMA. ¡ Maldita sea tu lengua !
Vete al instante.
- ROQUE. No puedo,
Que sube por la escalera
El soplon del escribiente.
- JERÓNIMA. Todo lo perdimos de esta,
Si allí le abren, ve á los dos ;
Si vuelve acá la cabeza,
Ve á estotro ; aprisa, enemigo,
Métete bajo esta mesa.
- ROQUE. Allá voy. (Métese.)
- RODRIGO. ¡ Válgate Dios !
¡ El pleito, y lo que me cuesta !
Pero el Barbosa ha de estar
Juzgo en esta cuadra mesma.
¡ Ah Martina ! un libro grande
¿ No está ahí ?
- MARTINA. Porque no le diera
El polvo, yo esta mañana
Al barrer las agujetas
Le até, y muy curiosamente
Le metí bajo la mesa
Del tocador de mi ama.
- RODRIGO. ¡ Y que anden de esta manera
Mis libros ! (Va á sacarle.)
- MARÍA. ¿ Dónde vais, tío ?
- RODRIGO. ¿ Hay alguna otra doncella
Tambien en cueros aquí ?
- MARÍA. No, sino que no es decencia,
Que os arrastréis vos, que yo
Puedo sacarle.
- RODRIGO. Pues ea,
Despacha.
- MARÍA. ¡ Virgen del Cármen. ! (Búscale.)
- RODRIGO. ¿ Qué sucede ? ¿ No lo encuentras ?
- MARÍA. No, señor.

- RODRIGO. Quita, que yo
Le hallaré
- JERÓNIMA. Eso temo.
- RODRIGO. Necia,
Aparta ; le buscaré.
- MARÍA. Nadie hará mas diligencia
Por daros gusto que yo.
Ya le encontré.
- RODRIGO. Si me llega
Nadie á mis libros, aunque
De polvo no se les vea,
Á palos con el baston
La he de romper la cabeza.

(Vase.)

ESCENA XIV.

DICHAS, *ménos don Rodrigo.*

- ANA. Gracias á Dios, que salimos
De tal confusion y pena.
- MARÍA. Yo no soy para estos sustos,
Jeromita, yo estoy muerta ;
Yo no sé qué gusto tienes
En esto.
- JERÓNIMA. Vaya, eso deja.
; En qué poca agua te ahogas !
- MARÍA. Voime á esparcir allá fuera.
- JERONIMA. Ya podéis salir, señores.

(Vase.)

ESCENA XV.

DICHAS, DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

- DAMIAN. Ya impaciente lo desea
Mi afecto.
- JERÓNIMA. No hay que temer
De que ya mi tio vuelva,
Que aquello fué un accidente.
Á ver, ese espejo llega :
; Si estaré yo bien peinada ?
- DAMIAN. Estás, Jerónima, bella,
Trasformada en una Vénus.

- JERÓNIMA. Las flores, ¿qué tal me sientan ?
 FÉLIX. Mejor que no en su jardín.
 JERÓNIMA. ¿ Y los polvos ?
 DAMIAN. Te hermosean.
 JERÓNIMA. ¿ Cómo me dice el lunar ?
 FÉLIX. Como al cielo las estrellas.
 JERÓNIMA. Pues tráeme, Anita, abanicos.
 ANA. ¿Cuál queréis ? ¿ el de la fiesta
 De los toros de Aranjuez ?
 JERÓNIMA. ¡ Jesus, qué cosa tan vieja !
 ANA. ¿ El del Peneque ?
 JERÓNIMA. Tampoco.
 ANA. ¿ Del empedrado ?
 JERÓNIMA. El que quieras,
 Como no sea antiguallas.
 ANA. El de la moda postrera
 Es este.
 JERÓNIMA. Muy bien : las cintas,
 Las sortijas, las pulseras,
 El collar, el ramillete,
 Los guantes, caja y frasquera,
 El reloj, las arracadas,
 Y lo que sabes que lleva
 Una mujer de mi porte.
 ANA. Todas estas cosas puestas
 Por su orden tengo en la alcoba. (Vase.)
 JERÓNIMA. Pues voy, con vuestra licencia,
 Á acabarme de vestir.
 DAMIAN. Si os faltase camarera,
 Aquí tenéis quien os sirva. (Vase.)
 JERÓNIMA. Lo estimo.
 MARTINA. Una trampa buena
 Le armamos al pobre viejo ;
 Mi astucia la paga espera.
 Voy á mirar mi comida. (Vase.)

ESCENA XVI.

DON DAMIAN, DON FÉLIX Y ROQUE, *escondido.*

- DAMIAN. Ahora bien, mi atencion sepa
 Qué habéis juzgado, don Félix,

Del mérito de mi prenda.
 ¿ Hela exagerado mucho ?
 ¿ Ponderé sus excelencias ?
 ¿ No respondíes ? Qué, ¿ tenéis
 Encogimiento ó vergüenza
 De decir que no os parece
 Tan hermosa y tan discreta
 Como yo os he ponderado ?
 ¡ Pluguiera á Dios que eso fuera !
 Pues ¿ qué es ?

FÉLIX.

DAMIAN.

FÉLIX.

Nada.

DAMIAN.

No os entiendo.

FÉLIX.

No es mucho que no me entiendas,
 Pues yo tampoco me entiendo.

DAMIAN.

Vamos claros.

FÉLIX.

¿ Y si os pesa

De que os hable claro yo ?

DAMIAN.

No : de ninguna manera

Me pesará, os aseguro,

Que en amistad verdadera

Mas vale un sentir patente,

Que un agrado con cautela.

FÉLIX.

Pues, don Damian, vos dijisteis

Hoy, que Jerónima bella

Hermosa es.

DAMIAN.

Sí.

FÉLIX.

Y yo tambien.

Luego, siendo así, es ya fuerza

Que ame yo, aunque no discreto,

Toda cosa que es perfecta.

DAMIAN.

Luego á Jerónima amáis.

FÉLIX.

Es clara la consecuencia.

DAMIAN.

¡ Que esto escuche yo de quien

Traje advenedizo á verla !

FÉLIX.

Vos no dijisteis que amabais

Absolutamente á ella,

Sine que entre las dos primas

Mostrabais indiferencia.

DAMIAN.

Yo no dije cosa, que

Atrevimiento pudiera

Daros de amar á ninguna.

FÉLIX.

Mucho apuráis la materia :

- Entre dos, que vos no améis,
 Puedo escoger la que quiera.
- AMIAN. Si á Jerónima no es,
 Á doña María sea.
- ÉLIX. No me elijáis la mujer;
 Yo haré lo que me parezca,
 Que no estáis vos encargado,
 Don Damian, de mi tutela.
- DAMIAN. Ni tampoco de la mia
 Tú, para que así pretendas
 Quitarme el gusto.
- FÉLIX. Yo nada.
 Quito á nadie.
- DAMIAN. No tan recia
 Alzáis la voz que nos oigan.
- FÉLIX. Digo que yo tengo hacienda,
 Y puedo casarme, y vos
 Es imposible, aunque quieráis.
- DAMIAN. Así mi afecto se paga :
 ¿Es razon ni amistad esta?
- FÉLIX. Nadie mas que yo el sagrado
 De la amistad fiel venera.
- DAMIAN. Pues sabed que he de vengarme
 De cualquier suerte que pueda.
- FÉLIX. No importa, que una traicion
 No asusta á mi fortaleza.
- DAMIAN. Pues de Jerónima huid.
- FÉLIX. Como me lo mande ella.
- DAMIAN. No os ha de querer tampoco.
- FÉLIX. Bástame el que yo la quiera.
- DAMIAN. Perderemos la amistad.
- FÉLIX. Pues la culpa será vuestra.
- DAMIAN. Á Jerónima dejad.
- FÉLIX. Ya eso es machaca y cansera.
- DAMIAN. Yo por ella os traje aqui.
- FÉLIX. Pues yo os mataré por ella.
- DAMIAN. ¿Vos á mí?
- FÉLIX. Sí, don Damian
- DAMIAN. Pues, don Félix, cuando quieras.
- FÉLIX. Tal arrogancia merece
 Con la espada la respuesta :
 Ahora es buena ocasion.

DAMIAN. No : salgamos allá fuera.
 FÉLIX. Decís bien, que no es razon
 Armar aquí una pendencia,
 Que el tocador de una dama
 No es bueno para palestra.
 (*Sale Roque de debajo de la mesa.*)
 ROQUE. Andad con dos mil demonios,
 Canallas, malas cabezas,
 Que he estado allí devanado,
 Rotos brazos, piés y piernas.
 No hay que temer que se maten ;
 Pues la cobarde prudencia
 De Damian ya hallará modo
 Como evadir la quimera.
 Ya lo verá Martinilla,
 Que con los majos se encierra :
 Mas voy yo á ver lo que pasa,
 Hasta que otro rato vuelva
 Á imitar á san Alejo
 Debajo de la escalera.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA.

¿Estoy sola? Sí : parece
 Que no me escucha aquí nadie,
 Porque á un triste solamente
 Le acompañan sus pesares.
 Pues ya que nadie es testigo
 Del fuego oculto que late
 En mi pecho, que ya pena
 Tierna y castamente amante,
 Procure aplacar sus llamas,
 Rompiendo mi voz el aire,
 Y con lágrimas y quejas
 Por boca y ojos se exhalen :
 ¡Qué nuevo galan Amor
 Trajo á pisar mis umbrales,

Que á la primer vista ¡ay cielos!
 Rindió mi pecho constante!
 Pero este es al que gustosa
 Junto al Pisuerga una tarde
 Le respondí, aunque tapada,
 Mas amorosa que afable.
 Mas ¿qué digo? ¡yo prendada
 De hombre ninguno! ¡oh pesares!
 ¡Oh afrenta! ¡oh vergüenza suma!
 Confundidme y acabadme.
 Primero, abriéndose en bocas
 La tierra, viva me trague
 En su oscurísimo centro,
 ¡Oh pudor! que te quebrante.
 Pero ¿de qué sirven todos
 Mis enojos, si no es fácil
 Dejar de crecer que en llamas
 Mi triste corazón arde?
 ¿Es amar algún delito?
 No : que hay tantos ejemplares
 Que me disculpen, que aun juzgo
 Que el no amar es yerro grande.
 Amar, es naturaleza,
 Convéncenme estas verdades.
 ¡Qué fácilmente que uno
 Lo que quiere se persuade!
 Don Félix, ¡cielos! don Félix
 Es la causa de mis males,
 Es galan, es entendido,
 Es... mas disculpa es bastante.
 Pero ¿de qué suerte puedo
 Mis intentos declararle?
 ¿Diréselo? ¿Qué sé yo
 Si es de otra hermosura amante,
 Y qué sé yo si á su gusto
 Mi beldad no es agradable?
 Ni ¿qué sé yo si al oirme
 Me reputará por fácil?
 ¡Oh, mal haya el que primero
 Reputó por liviandades
 El que las mujeres sientan,
 Y que lo que sientan hablen!

Y ¡oh de los hombres dichosas
 Las eternas libertades,
 Porque dicen lo que quieren,
 Y al fin cuanto quieren hacen!
 Mas ya que de esta manera
 Lo quieren los cielos, ame,
 Note, obligue, solicite,
 Sufra, advierta, espere y calle.

ESCENA II.

DOÑA MARIA Y MARTINA.

- MARTINA. Parece que se cansaron
 Ya de esperar los galanes.
- MARÍA. Sí, Martina; y mis afanes
 Ahora de nuevo empezaron.
- MARTINA. Pues ¿qué tienes?
- MARÍA. ¿Serás fiel?
- MARTINA. Pues qué, ¿eso dudando estás?
 Mi fidelidad verás.
- MARÍA. Pues mira, Martina, aquel
 Que hoy desde Valladolid
 Vino, y trajo don Damian,
 Tan discreto y tan galan,
 Á hacerme guerra en Madrid,
 Del alma se apoderó,
 Y yo el alma le entregué;
 No sabe nada, porque
 No es razon mostrarlo yo.
- MARTINA. Bien hayas tú, que te pagas,
 Para que á tu prima asombre,
 De un hombre, que en todo es hombre
 Con que tu amor satisfagas.
 Este sí que es grande hallazgo,
 Pues de los dos he entendido,
 Cuando estaba allí escondido,
 Que es un rico mayorazgo;
 Este sí que es caballero.
 De tu prima el disparate
 Se enamoró de un petate,
 Sólo porque es lisonjero.

MARÍA.

Pues bien, Martina, te encargo
 Notar, sin que te diviertas,
 Sus acciones, y me adviertas
 De esto, que queda á tu cargo.
 Mira, que en callar te esmeres,
 Que te está bien el callar,
 Ten cuidado de avisar,
 Y toma para alfileres.

ESCENA III.

MARTINA.

Yo por aquí ó por allí,
 Siempre tengo de pillar;
 De mi amo lo aprendí ;
 Tal modo de negociar
 Pues vienen dos litigantes,
 Y aunque ellos contrarios son,
 Á entrambos da la razon ;
 Y así del que vino ántes,
 Como del que fué el postrero,
 De entrambos logra coger
 Por su injusto parecer
 Muchas gracias y el dinero.
 Doña María no sabe
 Como los dos repuntados
 Salieron desafiados
 Por su prima á un duelo grave,
 Y yo todo lo atisbé ;
 Mas no lo quiero decir,
 Quiérola así divertir,
 Porque no lo perderé.

ESCENA IV.

MARTINA Y ROQUE.

ROQUE.

¡ Ah Martinilla ! ¡ ah taimada !
 Que con los majos te escondes ;
 ¿ Así á mi amor correspondes,
 Y así injuriarme te agrada ?

- MARTINA. Roque, como te escondistes
 Tú, tambien me fué preciso ;
 Y aunque mi amor no lo quiso,
 Tuve que hacer lo que vistes.
- ROQUE. Lo que he visto nada es,
 Lo que no he visto es el cuento :
 De puro zelos reviento
 Convertido en portugues.
- MARTINA. Vaya, Roque, deja eso,
 Y sabe que te soy fiel ;
 Y dime en qué paró aquel
 Lance atrevido y travieso
 De los dos enamorados.
- ROQUE. Pues que lo atisbaste tú,
 Allá va con Bercebú :
 Salieron muy mesurados,
 Cabizbajos y mohinos,
 Haciéndose de valientes,
 Y murmurando entre dientes
 Las coplas de Caláinos.
 Don Félix iba delante,
 Don Damian, que no ha nacido
 Á ser guerrero atrevido,
 Sino á ser chistoso amante,
 Con mil consideraciones
 Lo que pensaba no sé ;
 Pero cuando me arrimé
 Le apestaban los calzones.
 Hácia el Prado enderezaron,
 Frente á frente se pusieron,
 Y de que solos se vieron
 Las tremendas aprontaron.
 Damian perdió los estribos,
 Y el color se le mudó
 Al punto que á Félix vió
 Con la espada en cueros vivos ;
 Y con tiple de capon,
 Muypreciado de prudente,
 Le dijo : no es ser valiente
 Esto, Félix, ni es razon
 De que dos amigos tales,
 Como somos vos y yo,

Se maten por lo que no
 Puede valer cuatro reales ;
 Y así su eleccion dejemos
 El que ella escoja al que quiera ;
 Y haciendo de esta manera,
 Los dos nos satisfaremos.
 Dijo don Félix que sí ;
 Con que juzgo, que á engañarla,
 Á rendirla y obligarla
 Vendrán los dos presto aquí,
 Pues, Roquito, entre los dos
 No habrá celos ni desden ;
 Querámonos los dos bien,
 Y venga la paz de Dios.

MARTINA.

ESCENA V.

DICHOS Y DON DAMIAN.

DAMIAN. ¿Y don Félix ha venido?
 MARTINA. No le he visto.
 ROQUE. No, señor.
 MARTINA. Nunca vi ocasion mejor,
 De lo que habéis prometido
 DAMIAN. ¿De qué?
 MARTINA. De lo que pedí.
 DAMIAN. ¿Qué pediste?
 MARTINA. Aquellos cuartos.
 DAMIAN. ;Déjame, por Dios, que hartos
 Males me cercan á mí!
 MARTINA. Si adentro no me llamaran,
 Yo os pusiera como un trapo.
 ROQUE. Vaya, señor, que eres guapo,
 Cual los diablos no pensarán.
 DAMIAN. Déjame, y calla.
 ROQUE. Señor :
 Yo en mi vida fui discreto ;
 Pero ahora me prometo
 Un discurso superior.
 Esta madama fatal,
 Exsahumada con incienso,
 Que la faltan, segun pienso,

(Vase.)

Ocho cuartos para un real,
 ¿Posible es que te ha ligado
 Con tal fuerza, señor mio,
 Que te tenga el albedrío
 Ciego y embarraganado?
 ¿No miras su presuncion,
 Su melindre y su desden,
 Y aquel andar ten con ten,
 Cual paso de procesion?
 Pensando en el uso nuevo,
 Y en darse en la cara el unto,
 Ni sabe coser un punto,
 Ni sabe echar sal á un huevo.
 Yo por mujer escogiera
 Una fresca mocetona
 Entre marquesa y gorróna,
 Entre madama y frutera.
 Juzgarán tus opiniones,
 Si la vieras por debajo
 Entre tanto calandrajo,
 El solar de los Girones.
 Calla, atrevido.

DAMIAN.
 ROQUE.

Señor,
 Si la vista no me engaña,
 Callando, piedras apaña,
 Félix tu competidor.
 Pues ve, y espera en la calle.

DAMIAN.

ESCENA VI.

DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

FÉLIX.
 Ya, don Damian, juzgué yo
 Que del dia instante no
 Puede haber que aquí no os halle.
 Es mi centro.

DAMIAN.

FÉLIX.

DAMIAN.

Y tambien mio.
 Don Félix, sentido estoy
 De que me ofendieseis hoy
 Con tan grande desvarío.

FÉLIX.

DAMIAN.

Yo con nada os ofendí.
 Faltasteis á la amistad.

FÉLIX. No probaréis que es verdad.
 DAMIAN. ¿No lo probaré? pues di :
 ¿Es amistad, ni es razon,
 Que cuando yo os traje aquí,
 Lo que el cielo me dió á mí
 Por estrella y eleccion,
 Me lo queráis usurpar,
 Faltando á la cortesía,
 Y de una cosa que es mia
 Me queráis enajenar?

FÉLIX. Fácil la respuesta es :
 Que los cielos son testigos,
 Que no somos tan amigos,
 Como dices, ya lo ves.
 Y aseguro esta verdad
 Evidente, para que
 No me imputéis que violé
 El sagrado á la amistad ;
 Pues, aunque nos conozcamos
 De algunos tiempos atras,
 Conocimiento no mas,
 Que no amistad profesamos.
 Pues va mucha diferencia,
 Y hay muy gran desigualdad
 De una intrínseca amistad
 Á mera correspondencia.
 No os debo agradecimiento
 De haberme traído aquí,
 Pues no ha sido afecto á mí,
 Sino es desvanecimiento,
 Para que yo me admirara,
 Y os tenga por advertido
 De haber por dama escogido
 Cosa tan hermosa y rara.
 Y si yo os desafié,
 Colérico y enojado,
 Bien sabéis que provocado
 De vuestra arrogancia fué.
 Y al estar yo satisfecho,
 Que no sois para campaña,
 No hiciera tan vil hazaña,
 Que me pesa haberla hecho.

Que por Jerónima muera,
 No es ofenderos á vos,
 Pues decís que entre las dos
 Dudáis cuál vuestro amor quiera.
 Con que en un buen discuirir
 Con razon inferiré,
 Que os enojasteis porqué
 Me adelanté en elegir.
 Si por el dote lo hacéis,
 Yo, que no le necesito,
 El dote á la dama quito,
 Siendo mia, ahí le tenéis.
 No es separable.

DAMIAN.

FÉLIX.

Pues ea,
 Sólo digo en conclusion,
 Que dejaste á su eleccion
 El que de su gusto sea.

ESCENA VII.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Por juzgar no es cortesía
 Solos á los dos dejaros,
 Yo vengo á mortificaros
 Con la conversacion mia.

FÉLIX.

Feliz mortificacion :
 Yo rindiera ansioso el cuello
 Á Arjel, que siendo tan bello,
 Tan dulces sus penas son.

MARÍA.

¡Que siempre el lisonjear
 Haya de ser tan usado
 En hombres de todo estado!

FÉLIX.

Ved que os podéis engañar;
 Y que quien tiene osadía,
 Como veis, de replicaros,
 No querrá lisonjearos,
 Hermosísima María.

MARÍA.

Pues ¿ en qué me replicáis?

FÉLIX.

Qué, ¿ no es réplica bastante
 El que diga yo arrogante,
 Señora, que os engañáis?

Pues yo dijera, por Dios,
 Al querer lisonjear,
 Que no se puede engañar
 Una dama como vos.

MARÍA. Lisonja entónces no era,
 Porque si yo me engañara,
 Entónces se comprobara
 Que yo tan hermosa fuera.
 Mas ¡ ay, que viene mi tío!
 Esconderos al instante.

DAMIAN. Siempre da un misero amante
 De un bajío á otro bajío. (*Escóndense.*)

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO. Sobrina, ¿ qué haces?

MARÍA. Señor :
 Aunque estoy un poco mala,
 Íbame á entrar á la sala
 Á ponerme á hacer labor.

RODRIGO. De ti, niña, bien lo creo.
 ¡ Ojalá como tú fuera
 Esotra loca altanera,
 Porque de ella, segun veo,
 Nada se puede esperar,
 Sólo emplear noches y dias
 En hacer mil cortesías,
 Y en cómo se ha de adornar.
 ¿ Qué está haciendo? ¿ está cosiendo?
 O hace alguna otra labor
 De provecho?

MARÍA. No, señor :
 Juzgo que se está vistiendo.

RODRIGO. Pues ¿ cómo? aun no está vestida?

MARÍA. Ya bien presto acabará.

RODRIGO. Pues ¿ por qué no acaba ya,
 Y va á guisar la comida?

MARÍA. ¡ Ay qué engañado que estás!
 Tío, fuerza es que lo avise,
 Si tú aguardas que lo guise,

- En tu vida comerás.
 RODRIGO. Pues ¿ cómo ?
 MARÍA. Á mí no me toca
 Decir de mi prima nada ;
 Llama á una ú otra criada,
 Y sábelo de su boca.
 RODRIGO. Á ella tengo de llamar,
 Y de ella lo he de saber,
 Y darla bien á entender
 Lo que quiero ejecutar :
 Ve y llámala.
 MARÍA. Ya está aquí.

ESCENA IX.

DON RODRIGO y DOÑA JERÓNIMA.

- RODRIGO. ¿ Qué haces ? ¿ en qué te entretienes ?
 ¿ Qué ropa cosida tienes
 De la que está para mí ?
 JERÓNIMA. Ya lo haré.
 RODRIGO. Luégo no has hecho
 Todo el tiempo mas que holgar,
 Ni hemos podido lograr
 De ti cosa de provecho.
 Pues mira : la última vez
 Que yo te doy reprehension,
 Sabe que es esta ocasion,
 Por ti, no por mi vejez.
 Dos hermanas me quedaron,
 Una loca, otra prudente,
 Y á su tiempo competente
 Ambas á dos se casaron.
 Tu madre, Dios la dé gloria,
 Neciamente se casó
 Con tal sujeto, que aun no
 Quiero tener de él memoria ;
 Pues despues de haber jugado
 Cuanto de tu madre era,
 No fué mucho que muriera
 Miserable y desdichado.

Huérfana entónces quedaste,
Trájete á pisar mis salas ;
Mas de tu padre las malas
Condiciones heredaste.

La madre de esa tu prima
Casó con don Luis Fajardo,
Mozo hacendado y gallardo,
Y hombre al fin de toda estima.

Este al morir la dejó
Diez y siete mil ducados,
Que se los tengo guardados
En mis escritorios yo.

Las dos os diferenciasteis :
Ella modesta ha salido,
De honesto genio, encogido,
Y en todo os desigualasteis ;
Porque tú, aunque ser debieras
Mas humilde por mas pobre,
Eres muy soberbia, sobre
Mil locuras altaneras.

Al mundo andas engañando
(Ves con qué verdad te arguyo)
Diciendo, que el dote es tuyo,
Que de estotra estoy guardando.

Tú la debieras servir,
Y ella á ti te está sirviendo,
Las cosas está ella haciendo,
Y tú haces sólo dormir.

La otra noche aquella letra,
Que sonó con melodía,
Ya sé muy bien que decía,
Que eres tú la Petimetra.

Pues vive Dios, que si quieres
Echarte mas á perder,
En otra parte ha de ser
Donde allí te desesperes.

Yo vivo muy afrentado
De ver tantos galanteos,
Bufonadas y paseos,
Que ya todos lo han notado ;
Y así, porque tanto yerro
Se haya una vez de enmendar,

Ó al punto te has de casar,
O meterte en un encierro.

ESCENA X.

DOÑA JERÓNIMA y DOÑA MARÍA.

MARÍA. Enojado el tío va,
¿ Qué ha dicho ?

JERÓNIMA. Nada, María :

Una vez que no lo oía
Nadie, nada se me da;
Porque todo lo que pasa,
Que nada importa verás,
Como no lo sepan mas
Que los de dentro de casa.
Voime á acabar de vestir ;
No quiero perder la misa,
Que aunque corriendo y de prisa
No he de dejarla de oír.

(Ap.)

ESCENA XI.

DON DAMIAN y DON FÉLIX, y luego DON RODRIGO.

DAMIAN. Don Félix, ¿ qué habéis oído ?

FÉLIX. Don Damian : ¿ qué oísteis vos ?

DAMIAN. Nada percibí, por Dios.

FÉLIX. Por Dios, que nada he entendido.

DAMIAN. ¿ Posible es que no entendisteis ?

FÉLIX. ¿ Posible es que vos tampoco ?

DAMIAN. Yo nada.

FÉLIX. ¿ Nada ? ¿ Ni un poco ?

DAMIAN. ¿ Yo ? lo que vos percibisteis.

FÉLIX. Pero aquí vuelve su tío.

DAMIAN. Escondámonos, por Dios,

Que si nos halla á los dos,

Mayor pesar es el mio.

(Escóndense, y sale don Rodrigo.)

RODRIGO. Un disparate iba á hacer,

Sin juicio ni reflexion,

Al ver la disolucion

De esta imprudente mujer.

(Salen don Damian y don Félix.)

(Vase)

DAMIAN.

Pues salir hemos podido,
Voy, Félix, en un instante
A cierta cosa importante,
Que es de mi cargo, y no olvido.
Vuelvo.

ESCENA XII.

DON FÉLIX.

Adios, sólo quedé;
Y ¡ que haya hombre como yo,
que de lo que le pasó
Avergonzado no esté!
¿ Posible es que me cegara
Tan pronto y de tal manera,
Que á tal mujer yo quisiera,
Y por ella me prendara?
Sin juicio estuve por cierto,
Los sentidos tuve en calma,
O yo tuve absorta el alma,
Ó el entendimiento muerto.
Vivo afrentado y corrido,
Loco estoy de avergonzado
Sólo de haberme engañado
De un presupuesto fingido.
¿ Yo á una tan loca mujer,
Tan sin juicio ni razon,
Me he de rendir con pasion,
Y por mia he de querer?
Recobremos lo perdido,
Que el todo no se perdió,
Pues aun tengo tiempo yo
De enmendarlo arrepentido.
Hombre soy, no es mucho que
Tan de pronto me engañara,
Pero aquí está el juicio para
Corregir lo que yo erré.
Suele uno incauto mirar
El engañoso oropel,

Y enamorado de aquel
Falso lucir y brillar,
Oro fino lo imagina ;
Pero ya mas advertido
Conoce que no ha salido
De tan excelente mina.
Yo así, yo así me engañé :
Calidad la presuncion,
Lo atrevido discrecion
Incautamente juzgué.
Su locura es conocida,
No sólo en Madrid, mas fuera,
Y yo sólo juzgué que era
Por su virtud aplaudida.
Quiso la ignorancia mia
Mas de Jerónima aquel
Engañador oropel,
Que no el oro de María.
Aquella modestia, sí,
Aquel honesto mirar,
Aquel vergonzoso hablar,
Sí que me ha hechizado á mi.
Sin duda es doña María
Quien me dió conversacion,
Tapada en el espolon
De Valladolid un dia.
¡ Y que tan ciego esté yo,
Que no la haya conocido,
Ni el alma me haya advertido
Que entónces me enamoró !
Y que yo desafiado
Saliese por la otra (¡ oh cielos !).
De mí propio tengo zelos
Por haberlo ejecutado,
Y aun es pesar grande el mio,
Y sin ponderacion siento
El que en mi arrepentimiento
Tuviese parte su tio.
Para don Damian es propia,
Pues yo estoy dudando cuál
De los dos original
Es, ó cuál de los dos copia.

Goce el dote y su riqueza,
 Pues mejor la suerte mia
 Es, si logro de María
 La honestidad y pobreza.
 Porque se debe escoger,
 Por el vicio ó por la fama,
 Desenvuelta para dama,
 Y honesta para mujer.
 Habiéndole yo atisbado,
 Fortuna me ayuda bien,
 Porque su tío es á quien
 Vengo yo recomendado.
 Si me doy á conocer,
 Sé que me agasajará :
 Cuanto tenga me dará,
 Y su huésped me hará ser.

ESCENA XIII.

DON FÉLIX Y MARTINA.

MARTINA. ¿ Todavía no ha salido
 Mi señora ?

FÉLIX. No, Martina.

MARTINA. Vaya, á mí me desatina
 Lo que dura este vestido.

FÉLIX. ¿ Qué te parece ?

MARTINA. Señor,
 Yo repondo, que muy mal.

FÉLIX. De tus dos amas; á cuál
 Quieres mas, ó es la mejor ?

MARTINA. ¡ Jesus! nó me digas nada
 De eso, porque esta señora
 Es mala trabajadora,
 Presumida y entoldada.
 Á todos tiene engañados
 Con fingida presuncion;
 Pues dice que suyos son
 Diez y siete mil ducados,
 Que son de doña María.

FÉLIX. Esto no lo sabía yo ;
 Ahora digo que salió

Mas feliz la suerte mia.

MARTINA.

Pues qué, ¿la queréis?

FÉLIX.

Yo sí.

MARTINA.

Tambien ella os quiere á vos.

FÉLIX.

Calla, Martina, por Dios,

Que no me engañes así.

MARTINA.

No os engaño, en buena fe.

Proseguid y porfiad,

Y encontrareis la verdad

De lo que os aseguré.

FÉLIX.

Pues dila que yo la adoro,

Que tenga piedad de mí,

Que á sus ojos me rendí,

Y que de ella amante lloro ;

Y toma esta niñería,

Para que puedas entrar

En mi nombre á refrescar

En una botillería.

ESCENA XIV.

DON FÉLIX Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

Me he dado prisa bastante,

Por juzgar que ya tardaba.

FÉLIX.

Que vinieses deseaba,

Porque me voy al instante

Á ver si han venido cartas,

Que despues que yo saldrian

En las que me avisarian

De mis dependencias, que hartas

Tengo, don Damian, que hacer

DAMIAN.

Id con Dios.

FÉLIX.

Guárdeos el cielo.

ESCENA XV.

DON DAMIAN.

Solo quedé, solo estoy ;

Pues ahora á discurrir voy,

Con cuidado y con desvelo,

Qué es lo que mas me conviene
;Cómo esta loca mujer
Con un tan vil proceder
Tan engañado me tiene?
Esto del cielo es justicia,
Que ha ejecutado conmigo;
Y esto del cielo es castigo
Para enmendar mi codicia;
Pues cuando yo imaginaba,
Que eran suyos los contados
Diez y siete mil ducados,
Y ya rico me pensaba,
Me desengaño este dia,
Y hallo que la perfeccion,
La hermosura y dote son
De la gallarda María.
Don Félix no lo ha entendido,
Segun él me ha declarado;
Y pues él se ha enamorado,
Y aun á reñir ha salido
Por Jerónima, será
Fácil que case con ella,
Porque la hacendada y bella
María á mi cuenta está.
Yo la tengo de servir,
Sirva á Jerónima él;
No dirá que no soy fiel,
Pues ya me llegué á rendir.
¡Yo á Jerónima querer,
Cuando pobre viene á estar!
Que traiga ella que cenar,
Si yo llevo que comer.
Y pues aun esto no tengo,
Es para mí mujer buena,
Si almuerzo, comida y cena
Trae, y á tal bien me prevengo.
Rica está doña María,
Pobre Jerónima está,
Pues llévela Félix ya,
Porque estotra ha de ser mia.
Y esto no es mudable ser,
Ni es afrenta en un sujeto,

Sino rendirse discreto
 Á mas justo parecer.

ESCENA XVI.

DON DAMIAN DOÑA JERÓNIMA.

Y ANA con mantos.

JERÓNIMA. Don Damian, ¿hemos tardado?
 Esta la culpa ha tenido;
 El collar me habia perdido,
 Y hasta que le hemos hallado,
 No hemos podido salir.

DAMIAN. Fuerza aquí es disimular.
 Aunque se tarde en hallar,
 Yo no tengo que decir;
 Pues yo contento estuviera
 Esperando aquí, señora,
 Aunque no os mirara ahora,
 No en toda la vida os viera.

(Ap.)

JERÓNIMA. ¿Cómo es eso?

DAMIAN. Digo, que
 Aunque no llegue á lograr,
 Tan sólo con esperar
 Muy contento viviré.

JERÓNIMA. Es que yo juzgué otra cosa.

DAMIAN. No juzguéis nada, por Dios,
 Miéntras que no dejéis vos
 De ser perfecta y hermosa.

JERÓNIMA. ¿Qué os parece, don Damian?
 ¿Vengo buena? ¿está bien puesto,
 Ó me sienta bien todo esto?

DAMIAN. Todas las cosas están
 Como en su centro, señora.

JERÓNIMA. Pues la bata y el brial
 Dijo que me estaba mal
 Esta criada habladora.

DAMIAN. No hay tal, que os está de modo,
 Que aunque ahora no se ve,
 Yo aseguraré bien que
 Es de vuestra gala el todo.

JERÓNIMA. Este pañuelo he estrenado,

- Y tambien estas manillas
 Con muy graciosas hebillas,
 Y este rosario estrellado.
- ANA. Y como yo me esmeré
 En peinarte hoy á la moda,
 ¿Qué va, que la corte toda
 Se admira cuando te ve?
- JERÓNIMA. Aunque tú no me peñaras,
 No me has de poder quitar
 Este garbo en el andar,
 Ni otras circunstancias raras,
 Que me dió naturaleza.
 Y aquesto no es alabarme,
 Pues de ello quiso adornarme,
 Ya que no me dió belleza.
- AMIAN. ¡Qué pesadez! ambas cosas
 Naturaleza te dió,
 Porque nunca he visto yo
 No ser bellas las garbosas;
 Que aunque la cara no sea,
 El alma, que encierran dentro
 De aquel bien dispuesto centro,
 Se da á entender que no es fea.
- JERÓNIMA. Lo mesmo me dicen todos,
 Todos no me han de engañar;
 Á Dios tengo que alabar
 Por muy diferentes modos.
- DAMIAN. Vamos, si á misa hemos de ir,
 Que yo no puedo esperar,
 Y no os podré acompañar,
 Si es que tardáis en salir.
- JERÓNIMA. Qué, ¿os enfadáis de ir conmigo?
- DAMIAN. No, señora.
- JERÓNIMA. Es que creí,
 Que ibais á decir que sí.
- DAMIAN. Pongo al cielo por testigo.
- JERÓNIMA. Pues vamos hácia allá fuera.
 Damian, dadme el brazo vos,
 Y ojalá que quiera Dios
 Que hallemos misa ligera.
 Mas por ver si bien tocada
 O algo olvidado me dejo,

Alcanza, Anita, ese espejo
Para darme otra mirada.

ANA. Aquí está : ¡ Jesus mil veces !
Ya van treinta miraduras,
Yo suelo mirarme á oscuras,
Sin aquestas pesadeces.

JERÓNIMA. ¿ Quieres igualarte tú
Conmigo ? ¡ qué gracia, niña !
¿ Necesitas tu basquiña,
Manto, punta y pitibú ?
Daca el espejo, habladora.

ANA. Ahí está.

JERÓNIMA. Pienso, señor,
Que me está mejor la flor,
Que no endenantes, ahora ;
Y es que como fatigada
Estoy de haberme vestido,
Con el afan que he tenido
Estoy algo sonrosada.

DAMIAN. Todo está bien : vamos pues.

JERÓNIMA. Vamos bajando, y en tanto,
Repara, Anita, ese manto,
No sea que vaya al revés.
¡ Ay Jesus ! yo me iba á misa
Con los vuelos de dormir,
Y así no puedo salir ;
Ve, y tráeme esotros aprisa.
Vaya, vaya, que la gente
Que en ello repararia
Sin duda alguna diria
Que iba en extremo decente ;
Despáchate.

ANA. Voy, señora.

(Vase.)

JERÓNIMA. Ni un rato pude lograr
De poderme sola hallar
Con vos, don Damian, y ahora,
Que se ofreció esta ocasion,
Hablemos de una vez claros,
Porque mis sucesos raros
De todas maneras son.
Por vos anda el honor mio
En peligro, don Damian,

Todos ladrándole están
 Contra vos siempre á mi tie
 Mucho escándalo se ha dado,
 Esto bien lo conocéis ;
 Y pues cual decís tenéis
 Un mayorazgo colmado,
 Si nos hemos de casar,
 Como me habéis prometido,
 No lo echemos en olvido,
 Ni en esto hay que retardar ;
 Pues como estoy hacendada,
 Y el dote saben que tengo,
 Á estar cada dia vengo
 De muchos importunada ;
 Y si acaso os descuidáis,
 Aunque yo firme he de ser,
 Mirad que podréis perder
 Lo que tanto deseáis.
 Yo siempre me alegraria,
 Y nunca son mis intentos
 Otros que vuestros aumentos
 Y bien, Jerónima mia ;
 Y si os he galanteado,
 Fué por sólo imaginar
 Que no hubiera de intentar
 Nacie lo que yo he intentado.
 No porque os juzgué olvidada,
 Ni en oscura esclavitud ;
 Sino porque la virtud
 Nunca suele ser buscada.
 Pero pues me decís vos
 Que no falta quien os quiera,
 Si esto bien se considera,
 Dar mil gracias debo á Dios ;
 Pues ya sabido se está,
 Sin que el decirlo me asombre,
 Que otro cualesquiera hombre
 Mas digno que yo será :
 Y así estoy muy consolado,
 Sin que á mi pena me aumente
 De que en lo que es conveniente,
 Señora, hayáis mejorado.

DAMIAN

JERÓNIMA. ¿Con que ya ingrato decís,
 Con lisonja y mala fe,
 Que yo me case? Y bien sé,
 Que en cuanto me habláis mentís.
 ¿Con que ya tantas finezas,
 Tantas vueltas y paseos,
 Favores y galanteos
 Á menospreciar empiezas?
 Todo el tiempo se ha perdido,
 Que se ocupó en desear
 Lo que no se ha de gozar
 Por tu ingratitud y olvido.
 Pues vive Dios, que has de ver,
 Aunque me cueste la vida,
 Que es víbora enfurecida
 Despreciada una mujer.

DAMIAN. De lo que gracias debieras
 Rendirme, ¿quejas me das?
 Considéralo, y verás
 Mis palabras verdaderas.
 No digo yo que no quiero
 Casarme contigo, digo,
 Que es mejor case contigo
 Algun rico caballero,
 Que con toda la decencia
 Te trate que tú mereces,
 Donde estés mejor mil veces
 Y con mayor opulencia.
 Mas sentiré yo el dejarte
 Que tú lo puedes sentir;
 Y no me he de despedir,
 Aunque te pierda, de amarte.
 ¿Puedo hacer mayor portento,
 Ni de mayor excelencia,
 Que es buscar tu conveniencia
 Á costa de mi tormento?

JERÓNIMA. Bien con eso te disculpas.

DAMIAN. Mayor disculpa es, por Dios,
 Que Félix os quiere á vos.

JERÓNIMA. Pues de eso á mí ¿qué me culpas?

DAMIAN. Rendido á vos le miré;
 Por vos no há mucho que al Prado

Me sacó desafiado.
 JERÓNIMA. Pues yo no se lo mandé. *(Sale Ana.)*
 ANA. Aquí están.
 JERÓNIMA. Vamos aprisa.
 Que ellos causa hubieran sido,
 Si no hubiesen parecido,
 De que hoy perdiera la misa.
 Id delante; yo ya voy *(Vase Damian.)*
 Un poco mas consolada,
 Puesto que galanteada
 De dos á lo ménos soy;
 Y uno ú otro bien se infiere
 Que caerán, y yo lo espero:
 Ó el uno porque lo quiero,
 Ó el otro porque me quiere.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX.

Ahora que solo he llegado,
 Y Jerónima y Damian
 Discurro que en misa están,
 Porque yo los he atisbado,
 Puede ser que halle ocasion
 De hablar á doña María,
 Y decir la pena mia
 Con respeto y sumision.
 Martinilla puede ser
 Que dijese alguna cosa,
 Que una es parlera, curiosa
 Otra: una y otra mujer.

ESCENA II.

DON FÉLIX Y DOÑA MARÍA.

MARÍA. Don Félix, seáis bien venido.
 FÉLIX. Seáis, señora bien hallada.

- MARÍA. Sea feliz vuestra llegada.
- FÉLIX. Á los cielos eso pido.
- MARÍA. Qué, ¿no habéis acompañado
Á mi prima?
- FÉLIX. No, señora.
- MARÍA. ¿Por qué?
- FÉLIX. Porque estoy ahora
Mas altamente empleado.
- MARÍA. ¿Pues no estuvierais mejor
Con mi prima?
- FÉLIX. No estuviera,
Que á estarlo, lo dispusiera
De otra manera el amor.
- MARÍA. ¿Qué amor?
- FÉLIX. El mucho que os tengo.
- MARÍA. Ahora es buena ocasion,
Que de vuestra adulacion
Á hacer burla me prevengo.
- FÉLIX. ¿De mis afectos hacéis
Burla?
- MARÍA. Si, don Félix, sí,
Porque lisonjero os vi,
Y vos bien lo conocéis.
- FÉLIX. ¿Es lisonja la verdad?
- MARÍA. ¿Qué verdad?
- FÉLIX. El que yo os quiero.
- MARÍA. Dudo el que sea verdadero.
- FÉLIX. ¿En qué halláis dificultad?
- MARÍA. El corto mérito mio
Me hace dudar.
- FÉLIX. Pues, señora,
Rompa de una vez los grillos
Á mi silencio, y aunque
El atrevimiento indigno
De proferir que os adoro
Pague con un ceño esquivo,
Mas que morir de cobarde,
Vale morir de atrevido.
Don Félix soy de Contréras,
Tengo un mayorazgo rico,
Y esperando por instantes
Estoy, señora, el aviso

De un pleito que á mi favor
Se habrá sentenciado y visto ;
Y por si acaso saliese
En contrario, yo he venido
Á hacer estas diligencias ;
Y porque sepáis que os digo
La verdad, esta mañana,
Cuando á una posada arriba,
Hallé á este Damian, que un tiempo
Sólo fué mi conocido,
Aunque él, por lo que le importa,
Dice que somos amigos.
Trájome al instante aquí,
Ponderándome el hechizo
De vuestra prima, á quien ama
Él con afecto excesivo.
Yo confieso (ahora veréis
Que es verdad lo que yo os digo
Que á la primer vista todo
Me arrebaté suspendido
De sus aparentes gracias.
No me avergüenzo al decirlo ;
Pero ya desengañado,
Y habiendo bien advertido
Cuán diferentes las dos
Sois (y agradeced que omito
Contar vuestras perfecciones),
Ya de véras me he rendido
Á vos; vuestro esclavo soy :
No queráis que amor tan fino
Se malogre; que yo os juro
Por los cielos cristalinos,
Que no dejaré de amaros,
Mientras me miraren vivo.
Yo vengo recomendado
Por cartas á vuestro tío,
Y al instante que me vea,
Como yo le he conocido
En Valladolid, me hará
Cuanto agasajo imagino
Pueda hacerme; y vos, señora,
No olvidéis lo que os he dicho.

Ved qué respondéis; que ahora,
Sin salir de aqueste sitio,
Espero de vuestra boca
La libertad ó el suplicio.
Para responder, don Félix,
Muchas cosas necesito.

MARÍA.

FÉLIX.

MARÍA.

Satisfacerme
Primeramente es preciso
De vuestro amor, porque quien
Sin consideracion quiso
Á mi prima, y la aborrece
Casi en el instante mismo,
Es claro que no podrá
Mostrar constancia conmigo.

FÉLIX.

El querer á vuestra prima
Fué impensado é improviso,
Mas el quereros á vos
Lance es ya muy prevenido.

Y si ¿ no, no os acordáis
Del que en Valladolid fino
Aquella dichosa tarde
Os libró de aquel peligro?

MARÍA.

Es verdad : bien os conozco.

FÉLIX.

Ved si mi amor es antiguo.

MARÍA.

Pues ¿ cómo amaste á mi prima?

FÉLIX.

No os habia conocido.

MARÍA.

Ni ahora conocéis tampoco

El corto mérito mio.

FÉLIX.

Pues yo os respondo tambien,

Y con toda el alma os digo,

Que el artífice supremo
Mostrar su habilidad quiso,
Cuandó os formó tan hermosa;

Y aunque no queráis oirlo,
Decid que es por despreciarme

Y no busquéis coloridos

Á vuestro rigor; y ahora,
Que ya el desengaño he visto,
Quedaos con Dios.

MARÍA.

Don Félix :

¡Qué, sois tan ejecutivo!

- FELIX. Para decirme sí ó no,
Que hay bastante tiempo he visto.
- MARÍA. Pero decid, si á mi prima
No queréis y habéis querido
En un tan pequeño espacio,
¿Es recelo vano el mio?
- FÉLIX. Que la quise á vuestra prima
No dije, que á haberlo dicho,
Vive Dios que la quisiera,
Aunque estorbos infinitos
Se opusieran á mi intento;
Y pues á vos os lo digo,
Imaginad que es verdad,
Ó me doy por ofendido
De que á un hombre como yo
Le tratéis de fementido;
Pues quien engaña á una dama
Hace tan grande delito.
Quedad con Dios.
- MARÍA. Mira, Félix.
- FÉLIX. ¿Qué decis?
- MARÍA. Que no me animo
Á decir nada.
- FÉLIX. ¿Por qué?
- MARÍA. Porque es grande empacho el mio,
Yo para engañar le tengo;
- FÉLIX. Mas cuando la verdad digo,
Ella mesma me da alientos
Á hablar lo que solicito.
- MARÍA. Pues démele á mí tambien:
No extrañes, don Félix mio,
Que este recato, en mí propio,
Me tenga el labio encogido.
Ni extrañes, que ya que suelto
La voz, parezca al decirlo,
Que yo estoy acostumbrada
Á semejantes estilos;
Porque el que una mujer mire
Al santo fin que yo miro,
Ni es de su calidad mengua,
Ni es de su fama delito.
Te vi, y bien me pareciste;

Perdona, si no te digo
 Que te quiero, que me abrasa
 La vergüenza al proferirlo.
 Diez y siete mil ducados,
 Y aun mas es el dote mio,
 Yo soy tuya, así los cielos
 Lo han dispuesto y lo han querido:
 Y siento no tener cuanto
 Engendra el Potosí rico,
 Para ofrecerte por muestras,
 Félix, de lo que te estimo.

FÉLIX. No al oro y plata, señora,
 Á ti solamente aspiro.

MARÍA. ¿Me faltarás?

FÉLIX. ¿Qué es faltar?

Primero que lo que digo
 Falte, verás desplomarse
 Los círculos de zafiros.

MARÍA. ¿Y mi prima?

FÉLIX. Que tal cosa

No me nombres te suplico.

MARÍA. Es que temo...

FÉLIX. Pues ¿qué temes?

MARÍA. Si serás para cumplirlo.

FÉLIX. Mas temo yo tus mudanzas.

MARÍA. Que no las temas te digo.

FÉLIX. Con que ¿no temo?

MARÍA. No temas.

FÉLIX. ¿Serás mía?

MARÍA. ¿Serás mio?

FÉLIX. Sí.

MARÍA. Sí.

FÉLIX. Pues adios, señora.

MARÍA. Adios... pero aquí mi tío
 Viene.

FÉLIX. No importa, que yo
 Saldré bien de este peligro.

ESCENA III.

DICHOS Y DON RODRIGO.

- RODRIGO. ¿Con quién estabas hablando?
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que miro?
¡Don Félix!
- FÉLIX. vuestras plantas
Estoy, señor don Rodrigo.
- RODRIGO. Enhorabuena á mi casa
Vos seáis muy bien venido ;
Y ¿cuando fué la llegada ?
- FÉLIX. Poco tiempo há : de mi tío
El catedrático traigo
Esta carta, que á vos mismo
Dijo que se la entregara.
- RODRIGO. Somos muy grandes amigos.
Y ¿cómo está ?
- FÉLIX. Le dejé
Con salud para serviros.
- RODRIGO. ¿Y toda la demas gente ?
- FÉLIX. Buenos.
- RODRIGO. Todos los antiguos
Concurrentes á la mesa
De naipes de vuestro tío,
¿Cómo están ?
- FÉLIX. Con salud todos.
- RODRIGO. ¡Qué bien que nos divertimos
Las noches de los inviernos !
- FÉLIX. Y ahora hacen todos lo mismo.
- RODRIGO. Me alegro ; y vos ya sabéis,
Aunque es ocioso el decirlo,
Que tengo casa en Madrid ;
Y aunque deba haber sentido,
Que sin atender á aquesto
Á una posada hayáis ido,
Con todo, aun tiene remedio.
- FÉLIX. Es fineza que yo estimo ;
Mas no quiero molestaros.
- RODRIGO. Ninguna disculpa admito ;
En mi casa habéis de estar :
Dile al escribiente mio,

Mariquita, que se llegue
 Por los trastos mas precisos
 Á la posada, que así
 Sé yo honrar ó mis amigos.

FÉLIX. Obligado me confieso.

RODRIGO. Y en el cuarto junto al mio
 Poned la cama á don Félix.

MARÍA. Voy, señor.

(Vase.)

RODRIGO.

Debo advertiros,
 Que al cuarto de mis sobrinas
 No entréis con ningun motivo,
 Porque no parece bien,
 Y tal llaneza no admito,
 Ni aun de sus mesmos parientes :
 Esto acá es cierto capricho,
 No de viejo, sino de
 Hombre de maduro juicio,
 Que sabe lo que es el mundo ;
 Y cuando à casa rendido
 Vengáis de pasear la corte,
 Podéis muy bien divertirlos
 En mi estudio con mis cuadros,
 Con mis mapas y mis libros.
 Ved, que lo dicho, don Félix,
 No lo pongáis en olvido.

FÉLIX. Á todo cuanto mandáis
 Obediente me resigno.

(Sale doña María.)

MARÍA. Ya todo dispuesto queda.

RODRIGO. Pues ahora yo me retiro
 Con vuestra licencia á leer
 La carta.

FÉLIX. En ella mi tio

Os informa por extenso
 Señor, á lo que he venido.

RODRIGO. Ved que lo dicho, don Félix,
 No lo pongáis en olvido.

ESCENA IV.

DON FÉLIX Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Dichosa ha sido mi suerte.

FÉLIX.

Mas feliz la mia ha sido,
Porque así habré conseguido

Á menudo hablarte y verte;

Y aunque con tanto rigor

Quiere impedirlo tu tío,

Es un loco desvarío

Poner riendas al amor.

Ahora voy á la posada

Á decirle al escribiente,

Que traiga lo conveniente,

Porque no se olvide nada.

MARÍA.

Adios.

FÉLIX.

Adios.

MARÍA.

¡Santo cielo!

(Vase.)

Hoy vuestro poder me valga,

Permitidme que bien salga

Mi cuidado y mi desvelo.

Mi casto intento premiad,

Pues que lo sabéis bien claro,

Y halle en vosotros amparo

La encogida honestidad.

ESCENA V.

DOÑA MARÍA, DOÑA JERÓNIMA Y DON DAMIAN.

JERÓNIMA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué cansada,

Prima, vengo, y qué molida!

Una silla, por tu vida,

Arrima, y ponla una almohada.

MARÍA.

Ya dos sillas aquí están.

JERÓNIMA.

Pues vendréis cansado vos

Sentaos un poco, por Dios,

Que ya os iréis, don Damian.

DAMIAN.

Poco estaré.

JERÓNIMA.

Vaya, vaya,

Que está la calle Mayor
 Con tanta gala y primor,
 Que casi pasa de raya.
 Un aderezo que vi,
 Mejor no se puede hallar,
 Con su peto y su collar,
 Con lazos y escusali.
 Por no buscarle no estreno,
 Porque estará ya olvidado
 Otro que tengo guardado
 Que es, si no mejor, tan bueno.
 No me puedo levantar,
 Cierto que esto es penitencia;
 Pero con vuestra licencia
 Voy á entrarme á desnudar.

ESCENA VI.

DOÑA MARÍA Y DON DAMIAN.

MARÍA. Yo tambien me voy.

DAMIAN. Señora,

MARÍA. ¿Solo me queréis dejar?

DAMIAN. Sí.

MARÍA. Es que os tengo yo que hablar.

DAMIAN. ¿Qué queréis hablarme ahora?

MARÍA. Suspended un poco el paso,

DAMIAN. escuchadme.

MARÍA. Ya os escucho.

DAMIAN. Con amor y miedo lucho.

MARÍA. Todo me hieló y me abraso.

DAMIAN. Decid, pues.

MARÍA. Digo, señora,

DAMIAN. Que ántes de todo postrado

MARÍA. Á vuestras plantas os pido

DAMIAN. Perdon de lo temerario

MARÍA. Que he de andar en lo que diga;

DAMIAN. Mas yo sólo confiado

MARÍA. En vuestra piedad, espero

DAMIAN. Que no formaréis agravio,

MARÍA. Yo, señora, conociendo

DAMIAN. Los quilates y los grados

(Ap.)

De vuestra hermosura, digo
Que humilde los idolatro,
Digo que os quiero de véras,
Y mas que á mi vida os amo;
Y en fin.....

MARÍA. No me digáis mas.
DAMIAN. Con que ¿os habéis enojado?
MARÍA. ¿No me he de enojar, si veo
Claramente un desengaño
De vuestra inconstancia ingrata?
DAMIAN. Pues sabed, que porfiando
Se vence un muro, y un monte
Suele venir desplomado;
Se labra un diamante, y todo
Se le rinde al tiempo cano.
MARÍA. Méenos mi pecho, que está
De vos muy desengañado.
DAMIAN. Pues por mas que os retiréis,
Yo no he de dejar de amaros
Y en oyendo mi razon
Os reduciréis acaso.
MARÍA. Primero que me reduzca,
Domesticaréis un mármol. (Vase).
DAMIAN. No hay mujer que á la lisonja
Resista por grande espacio.

ESCENA VII.

DON DAMIAN Y DON FÉLIX.

FÉLIX. Don Diaman.
DAMIAN. Don Félix.
FÉLIX. Tengo
Un grande gusto que daros...
DAMIAN. Yo á vos una enhorabuena.
FÉLIX. Las albricias que yo aguardo,
Por la noticia que os dé,
Son muy grandes.
DAMIAN. He pensado,
Que aun me las daréis mayores
Por las nuevas que yo os traigo.
FÉLIX. Yo quiero hablar el primero

- DAMIAN. Antes yo pretendo hablaros.
 FÉLIX. Ue de ser yo.
- DAMIAN. No has de ser.
 Pues hablaremos entrambos
 De una vez.
- DAMIAN. Es imposible.
 FÉLIX. Mas ¿qué os estáis recelando
 De lo que voy á decir?
- DAMIAN. Mas ¿qué vos habéis pensado? ..
 FÉLIX. Nada pensé : oid.
- DAMIAN. No escucho.
 FÉLIX. Pues lo diré al aire vano.
 DAMIAN. Fuerza es oír ; oigo pues.
 FÉLIX. Pues ya veís que ha poco rato,
 Que porque os dije que amaba
 Á Jerónima, enojado
 Con razon de que os quitase
 Lo que ha tanto estáis amando,
 Con dolor de la amistad
 Salimos desafiados.
- DAMIAN. Es verdad...
 FÉLIX. Pues, porque no haya
 Entre amigos mas agravios,
 La olvidé...
- DAMIAN. No lo sabrá,
 Que yo tambien la he dejado. (Ap.)
 Oid...
- FÉLIX. Aguardad que acabe,
 Y os escucharé despacio.
- DAMIAN. Ahora me toca á mí.
 FÉLIX. Miétras no he finalizado
 Mi razonamiento, ¿ es justo
 Que vos queráis estorbarlo?
 Escuchad, ó vive Dios...
- DAMIAN. Mas valiera no escucharlo.
 FÉLIX. Digo pues que porque no haya
 Entre amigos mas agravios,
 A Jérónima deje,
 Y el corazon me ha broado
 Su prima doña María.
- DAMIAN. ¡ Que esto escucho, y no le mato! (Ap.)
 FÉLIX. ¿ Que decis?

DAMIAN.

¡Hombre, á quien juzgo
Que trajo á Madrid el diablo,
Sólo por mortificarme,
Y para ser mi contrario!
¿Posible es que á cuantas cosas
Dispongo, imagino y trato
Te has de oponer?

FÉLIX.

Pues ahora
Que alegre estaba esperando
De vos agradecimientos
Por la fineza que os hago,
¿Sin cuidar del beneficio
Con ingratitud os hallo?

DAMIAN.

¿Qué beneficio me has hecho,
Hombre, que el infierno trajo
Para estorbar mi quietud?
Sabe que yo imaginando
Que un grande favor te hacía,
Venciéndome todo cuanto
Fué posible, te he cedido
Á Jerónima; milagro
Es este de mi amistad;
Y como nunca inclinado
Te vi á su prima, escogila;
Y ya que una me has quitado
Otra pretendes quitarme,
Para que si yo la alargo,
Ver en quién pongo los ojos,
Y obligarla de contado.

FÉLIX.

¿Con que á la bella María
Amáis?

DAMIAN.

Esto es, Félix, claro.

FÉLIX.

No sé cómo con la espada
La respuesta no os he dado.
¿Con que tal atrevimiento
Tenéis al ver que yo honrado,
Por ser gusto antiguo vuestro
Jerónima, os la he dejado!

DAMIAN:

Pues ya de parecer mudo.

FÉLIX.

No sé si podréis lograrlo.

DAMIAN.

Lograrélo con la espada.

FÉLIX.

Pues, aunque viole el sagrado,

Y aunque el honor aventure
De ambas primas, porque osado
Mas no seáis, no habéis de
Salir vivo de este cuarto;
Sacad la espada...

DAMIAN.

Aunque cierto

Es que el sacarla es extraño
Contra un amigo, allá voy.

FÉLIX.

Siempre andáis muy remirado
Cuando llegáis á reñir.

DAMIAN.

Y ahora mas que nunca ando.
Lo primero y principal
Por el paraje en que estamos;
Lo otro, porque si de ántes
Que eligiese ella dejamos,
Será bien hecho que ahora
Lo que allí hicimos hagamos.

FÉLIX.

¿ Con que á su eleccion queréis
Que este duelo remitamos?

DAMIAN.

Sí.

FÉLIX.

Pues aunque sé muy bien,
Que afrenta á un enamorado
Consentir competidor
Que se muestre apasionado,
Como sé que contra mí
Sois tan pequeño contráριο
Que aún me afrentara el venceros,
Para ver si os desengaño
He de consentir en ello;
Y así obliguémosla entrambos,
Y esté en su eleccion el ser
O dichoso ó desdichado.

DAMIAN.

Pues porque á mí me es preciso
Ir á hacer cierto recado,
Iré y volveré, don Félix,
De aquí á brevisimo rato

FÉLIX.

Id con Dios.

ESCENA VII.

DON FÉLIX Y DOÑA JERÓNIMA

JERÓNIMA.

Señor don Félix.

¡Cuánto me alegro de hallaros!
Pues ¿qué mandáis?

FÉLIX.

JERÓNIMA.

Seré breve.

FÉLIX.

Decid.

JERÓNIMA.

Vos sois avisado,
Y sabéis muy bien lo que
Una mujer de mi estado
Se corre al decirle á un hombre,
Que de su amor se ha prendado;
Y bien sabéis que cualquiera
Debe estar muy obligado
Á semejante favor.
Yo (aunque me afrento al hablarlo)
Os quiero bien, ya lo he dicho
Ved que respuesta no aguardo,
Porque supongo que á vos
No os conviene el ser ingrato.
Ved que una mujer os ruega
De mi sangre y de mi estado.

ESCENA VIII.

DON FÉLIX.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer
En un lance tan extraño?
Si lo que á mí me sucede
Se fingiera en un teatro,
Lance propio de comedia
Lo juzgara el vulgo vano.
Apénas á Madrid llego,
Y aún mis cosas no he empezado
Á disponer, y tan pronto
Tantas confusiones hallo.
Despechada una mujer,
Que me quiere me ha mostrado;
El otro quiere á la otra,
Que es á quien de véras amo.
Á esta, cierto, no la quiero;
Mas ¿cómo he de ser ingrato
Á una mujer que me ruega?
Mas si á su prima idolatro,

¿Cómo he de poner en otra
 Ni mi amor ni mi cuidado?
 Y si el otro me ha cedido
 Cauteloso ó cortesano
 La que él primero adoraba,
 Y ahora á mí me está adorando,
 Y él quiere la que yo quiero,
 Le hago grandísimo agravio
 En no ceder, pues cedió,
 Y él su gusto ha sujetado.
 Pero todas estas cosas
 Vinieran muy bien al caso,
 Si no hubiera en medio amor;
 Pero, pues amor ha entrado,
 Ni Jerónima ó Damian,
 Ni el mundo que esté en contrario
 Ni uno con sofisterías,
 Ni la otra con halagos
 Me apartarán, ó María,
 Del amor que te he mostrado.

ESCENA IX.

DON FÉLIX, DON DAMIAN, y luego ANA.

DAMIAN. ¿He tardado?
 FÉLIX. No por cierto,
 Don Damian, no habéis tardado.
 DAMIAN. Pues yo ya habia juzgado
 Que el cuarto estuviese abierto,
 Ó que hubiesen ya salido
 Las dos á conversacion.
 FÉLIX. Aún no será la ocasion.
 DAMIAN. Pues á buen tiempo he venido.
 FÉLIX. Pues miéntras tanto que salen,
 Ya que no hemos de reñir,
 Mirad si queréis venir
 Fuera.
 DAMIAN. Tus palabras valen
 Mucho hoy conmigo; gustoso,
 Aunque yo que hacer no tengo,
 Á seguirte me prevengo,

Por no hacerme sospechoso
Con quedarme.

ANA. Andad con Dios:

Mas presto volver podéis,
Si por ventura queréis
Hablar despacio á las dos.

✓ÉI.IX. Ya volvemos.

ESCENA X.

DOÑA JERÓNIMA Y ANA.

JERÓNIMA. Ya te dije,
Anita, como le hablé;
La respuesta no aguardé,
Y el aguardarla me aflige.
No se debiera buscar
Bien alguno, ni querer,
Tan sólo por no tener
El trabajo de esperar.
Y es tan grande este dolor,
Que segun llevo á pensar,
Si es malo el desesperar,
El esperar es peor;
Porque el bien, si es que se alcanza,
No causa placer cumplido,
Como está el pecho rendido
Al rigor de la esperanza.
Y á no haber sabido cierto,
Que por mí desafiado
Sacó á don Damian al Prado,
Primero me hubiera muerto
Que decirle mi pasion;
Pero como su amor sé,
Por eso, Anita, le hablé
Con tanta resolucion.
Don Damian ya he conocido,
Y me lo dijo el criado,
Que es un tramposo,preciado
De discreto, y presumido.
Estotro es rico y galante,
Y es sin duda que me quiere;

Y como se dispusiere
 Nuestra boda en un instante,
 Tú serás mi camarera,
 Y por de dia y de noche
 Siempre hemos de andar en coche,
 Tú al vidrio y yo á la testera.
 Si una bata entónces saco,
 Sacaré otra para ti,
 Un reloj y excusalí,
 Con tu caja de tabaco.
 Estando así tan bonitas,
 Tendrémos mil galanteos,
 Por lucir en los paseos
 Y campar en las visitas.

ANA. ¿Y las cosas no excusadas?
 Que en casa sean menester?

JERÓNIMA. Para lo que haya que hacer
 Recibiré otras criadas.

ANA. Bien.

JERÓNIMA. Compraré manteletas
 De unas que he visto á la moda,
 Bata hecha de aguja toda,
 Paletinas y cofietas.

ANA. Cualquiera moda que salga,
 Por Dios, señora, que sean
 Las primeras que se vean
 Nosotras con ella.

JERÓNIMA. Y valgan
 Las cosas lo que valieren,
 Yo mi nombre he de perder,
 Si habrá en la corte mujer
 Que ántes con ellas las vieren.

ANA. No tengo que responder,
 Ni responderá el mas ducho;
 Ahora me afirmo en que es mucho
 Lo que alcanza una mujer.

JERÓNIMA. Pues ahora sólo me falta
 Componerme mas y mas.
 ¿Van bien los pliegues de atras?
 ¿La chinela azul resalta?

ANA. Todo está bien.

JERÓNIMA. La verdad,

- DI :** ¿te parezco donosa?
ANA. No vi mujer mas hermosa
 Ni con tanta gravedad.
JERÓNIMA. ¿Está este peinado igual?
ANA. Él está, que ni pintado.
JERÓNIMA. ¿Es porque tú me has peinado?
ANA. Por Dios que no digas tal.
JERÓNIMA. Con que ¿puedo parecer?
ANA. Y tan bien, que el que te viera,
 Es preciso que te quiera
 Sin poderse contener.
JERÓNIMA. ¿A Félix le gustaré?
ANA. Al instante que te vea
 Se ha de hacer una jalea.
JERÓNIMA. Pues yo albricias te daré;
 Pero entrémonos ligeras,
 Verás con la astucia rara
 Que me compongo la cara.
 Entrame aquí las salseras.
ANA. Que queráis entrar me espanto,
 Pues ¿no está aquí el tocador?
JERÓNIMA. Sí, pero adentro es mejor,
 Por si vienen miétras tanto.

ESCENA XI.

DICHAS Y DOÑA MARÍA.

- ANA.** Aquí está doña María.
JERÓNIMA. Adios, que tengo que hacer.
MARÍA. Pues vuelve presto, mujer.
JERÓNIMA. Al instante, prima mia.

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA Y MARTINA.

- MARTINA.** Contenta estás.
MARÍA. Sí lo estoy.
 Martina; y el caso fuera,
 Que el caso se compusiera,
 Y quedara acabado hoy.

- MARTINA. Puede ser.
 MARÍA. No es imposible.
 MARTINA. Con que ¿él de véras te quiere.
 MARÍA. Lo cierto es que por mí muere.
 MARTINA. Mas ya sabes lo terrible
 Que á las dos habló tu tio,
 Sobre que no entrase aquí
 MARÍA. Pero ¿qué se me da á mí,
 Si ha de ser esposo mio?
 MARTINA. Ya presto vendrá á comer.
 MARÍA. Mucho no puede tardar.
 MARTINA. Pisadas oigo sonar.
 MARÍA. Alárgate un poco á ver.
 MARTINA. No es él, que es el pisaverde.
 MARÍA. ¿Damian? Voime como un trueno,
 Que este hombre en malo ni en bueno
 Quiero que de mí se acuerde.

ESCENA XIII.

MARTINA, DON DAMIAN Y ROQUE.

- DAMIAN. Calla, Roque.
 ROQUE. Si es verdad....
 DAMIAN. Calla, diablo.
 ROQUE. Lo que digo.
 MARTINA. Voime, pues no hablan conmigo,
 Por no oir su necedad (Vase.)
 DAMIAN. Calla, y da gracias á Dios,
 Que no te he roto allá fuera
 Esa cabeza altanera.
 ROQUE. Pues ya que estamos los dos
 Solos, y no me das blanca,
 Cobrar quiero en modo raro
 Porque por hablarte claro
 El corazon se me arranca.
 Dime, infeliz mequetrefe,
 Pobre trompeta, holgazan,
 Que eres un pobre bausan
 Y andas fingiéndote un jefe :
 ¿Quién demonios te ha soplado,
 Por arte de Bercebú,

Ó de dónde sacas tú
 Que he de ser yo tu criado?
 Bien sabes tú que sirviendo
 Estamos con cierto usía,
 Y en su casa todo el día
 Te llaman Juan Pereciendo
 El tal amo lamerón,
 Que el soltar cuartos le amarga,
 Bien ves que la pága alarga,
 Y que acorta la ración.
 Tú estos daños resarcidos
 Tienes en los bienes suyos;
 Pues diciendo que son tuyos
 Vas á lucir sus vestidos.

DAMIAN.

Ya conozco tu malicia,
 Infame, y tu infiel capricho;
 Ya yo bien sé lo que has dicho,
 Mas no ha de faltar justicia.
 Mas que me ahorquen en nablando.
 Calla.

ROQUE.

DAMIAN.

ROQUE.

DAMIAN.

ROQUE.

No quiero callar.
 Sufro, por no alborotar.
 ; Y que estés enamorado
 De esa infeliz pobretona,
 Que no tiene ni ha tenido
 Nada, y tú tienes creído
 Que es una gran señorona!
 El verla es cosa de risa,
 Pues con agujero tanto
 Parece punta de manto
 El faldón de su camisa.
 Y aunque anda tan á lo majo
 Por encima y pulidito,
 No lo creas, pobrecito,
 Que está la maula debajo.
 Además, voy á otra cosa:
 Si esta ha de ser tu mujer,
 ¿Sabes tú qué sabe hacer,
 Si es humilde y hacendosa?
 Ahora bien, yo la pregunto,
 Dígame esta niña: ¿cuál
 Se llama punto pascual?

¿Cuál es de sábana el punto?
 ¿Cómo se pone un guisado?
 ¿Cómo se arrima una olla?
 ¿Cuántos cachos de cebolla
 Se echan en un estofado?
 Vaya, que no sabe nada
 De esto, ni ella lo ha estudiado!
 Sólo en hacer un guisado
 Juzgo que será extremada.

DAMIAN.

¿Cuál es?

ROQUE.

El carnero verde.

Sólo de esta cosa infiero,
 Que por ser hacer carnero
 La tal muchacha se acuerde.
 Calla, tonto.

DAMIAN.

ROQUE.

Yo, ¿por qué?

DAMIAN.

Porque hablas equivocado.

ROQUE.

¿La dejaste, ó te has casado?

DAMIAN.

¿Qué es casar? ya la dejé.

ROQUE.

Me alegro, por vida mia.

¿No tienes dama?

DAMIAN.

Sí.

ROQUE.

Bien:

Pero ¿no sabremos quién?

DAMIAN.

Su prima doña María.

ESCENA XIV.

DON DAMIAN, DON FÉLIX Y ROQUE.

FÉLIX.

Aquel de Valladolid.

Don Damian, me ha detenido;

Él no sabe que he venido

Esta mañana á Madrid.

¿Han salido?

DAMIAN.

Todavía;

Mas ahora digo que sí.

Jerónima viene aquí,

Y también doña María.

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA JERÓNIMA, DOÑA MARÍA, ANA Y MARTINA.

- FÉLIX. Señoras, á vuestros piés.
 DAMIAN. Mi rendimiento se inclina.
 ROQUE. Y yo á los tuyos, Martina.
 MARÍA. Ya es bien tarde ; ¿ qué hora es ?
 JERÓNIMA. Ved el reloj, don Damian.
 ROQUE. Adios, fueros guapetones ;
 Cosidas á los calzones
 Las cadenillas están.
 DAMIAN. ¡ Infame !
 FÉLIX. No os inquietéis,
 Dejadle por donde estáis.
 Señora, la que buscáis
 En mi reloj la hallaréis.
(Da el reloj á doña María.)
 MARÍA. Tarde es ya.
 JERÓNIMA. Sillas tomad.
 LOS DOS. Con vuestra licencia.
 MARÍA. Aquel
 Fijamente la hora vi ;
 Tomad el reloj.
 FÉLIX. Dejad.
 JERÓNIMA. Oyes, necia, descuidada,
 Sosa, dime : por qué no
 Me trajiste el dominó ?
 ANA. liene una punta rasgada.
 MARÍA. Tened.
 FÉLIX. Miradle despacio.
 MARÍA. Ya le he mirado bastante.
 FÉLIX. Ved, qué firme este diamante,
 Y qué hermoso este topacio.
 ANA. Mas ¿ quién viene ?
 JERÓNIMA. El tío es.
 MARTINA. Ahora aquí será la risa.
 MARÍA. Tomad el reloj aprisa.
 FELIX. Yo le tomaré despues.

ESCENA XVI.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO. ¡Válgame Dios! honra mia,
 Que á tan infeliz estado
 ¿Posible es que hayas llegado
 Por la infamia y picardía
 De dos sobrinas malvadas,
 De un huésped que infiel ha sido,
 De un pícaron atrevido
 Y dos perversas criadas?
 Mas no quiero alborotar:
 Con paz averiguar quiero
 Lo que responden primero,
 Y despues determinar.
 No cuido de este bribon;
 De Félix quiero saber,
 Que á estotro yo le haré hacer
 Lo que fuere de razon.

FÉLIX. Don Félix, hablemos claros,
 ¿Qué os he dicho cara á cara?
 La verdad: que aquí no entrara
 Por los motivos mas raros
 Que se ofrezcan.

RODRIGO. Y que á vellas,
 Sin á nadie exceptuar,
 Nadie á este cuarto ha de entrar,
 Que no se case con ellas.

FÉLIX. Cierto.

RODRIGO. Y no lo habéis cumplido.

FÉLIX. ¿No cumplí? ¿cómo que no?
 Vuestro honor licencia dió
 Que el que fuese su marido
 Entre sin repulsa alguna,
 Y aunque hoy vine, y entré hoy,
 Yo cumplo como quien soy
 En casándome con una.

ROQUE. Yo con otra.

RODRIGO. Tú, alcahuete,
 ¿Tambien estabas aquí?

- ROQUE. Yo vengo á tratar por mí,
Que no por ningun pobrete.
- RODRIGO. Y vos podéis de contado
Á la otra prima elegir,
Pues ninguno ha de salir
Sino que salga casado.
- ROQUE. Esto va bueno, por Dios.
- DAMIAN. Yo lo acepto.
- ROQUE. Yo tambien.
- RODRIGO. Sólo resta el ver á quién
Los dos queréis de las dos.
- DAMIAN. Yo, señor...
- FÉLIX. Tened un poco.
- DAMIAN. Á mí me toca escoger.
- FÉLIX. No sé cómo podrá ser,
Porque yo ya me sofoco.
- DAMIAN. Yo tambien.
- RODRIGO. No haya quimera :
Mientras lo hablamos los tres,
Vosotras, niñas, bien es
Que os retiréis allá fuera.

ESCENA XVII

DON FÉLIX, DON DAMIAN Y DON RODRIGO.

- DAMIAN. Don Félix está prendado
De Jerónima la bella.
- FÉLIX. Vos me trajisteis por ella.
Siendo de ella enamorado
- DAMIAN. Yo de ella ya no lo estoy.
- FÉLIX. Don Damian, si no lo estáis,
¿ Por ventura os acordáis,
Que de ella me hicisteis hoy
Una arenga tan famosa,
Que pareció relacion
De don Pedro Calderon,
Alabándola de hermosa ?
Pues queredla vos, que á mí
Me toca doña María ;
Ella tiene prenda mia.
- DAMIAN. ¿ Cuál ?

- FÉLIX. El reloj que la di.
 DAMIAN. Viste á Jerónima; al verla,
 Sin respetar mi amistad,
 Con ciega temeridad
 Te inclinastes á quererla.
 FÉLIX. Y la dejé, aunque la quise,
 Por sólo ver que era vuestra.
 DAMIAN. Yo os la cedi.
 FÉLIX. Yo tambien,
 Y mi aficion á las prendas
 Rendí de doña María.
 DAMIAN. Con tal que no sea á ella,
 Servid y amad á la otra.
 FÉLIX. No há mucho que en esta pieza
 Me dijisteis, persuadiendo
 Que mi afecto la rindiera :
 Si á Jerónima no es,
 Á doña María sea.
 Doña María ha de ser,
 Aunque el mundo se opusiera.
 DAMIAN. Pues os haré mil pedazos
 Antes que caséis con ella.
 FÉLIX. Ya ni atencion, ni cordura,
 Ni respeto, ni prudencia
 Bastan ; la espada responda
 Á semejante insolencia.
 DAMIAN. Tambien la mia.
 RODRIGO. Teneos :
 Ninguno á violar se atreva
 El decoro de mi casa ;
 Dejémoslo á eleccion de ellas.
 FÉLIX. Soy contento.
 DAMIAN. Muerto estoy,
 Mas el conceder es fuerza. (Ap.)
 RODRIGO. Salid.

ESCENA XVIII.

Todos.

- LAS DOS. ¿Qué mandas, señor?
 RODRIGO. Que cada cual al que quiera
 Elija para marido.

- LAS DOS. Don Félix, mi mano es esta.
 RODRIGO. ¡Qué es esto!
 DAMIAN. Perdido soy.
 JERÓNIMA. Que Don Félix me corteja,
 Y es mi amor; hoy por mí al Prado
 Fué á reñir una pendencia.
 MARÍA. Don Félix me ha prometido
 Hoy ser mi esposo, y en esa
 Suposicion hablo así.
 RODRIGO. Nueva confusion es esta.
 JERÓNIMA. Mi esposo es.
 MARÍA. Es mi marido
 RODRIGO. Apuremos la materia :
 Don Félix, ¿ á cuál queréis?
 FÉLIX. Di palabra, y cumplirla,
 Señor, á doña María;
 Su prima se engaña ciega,
 Pues juro que no la debo
 Obra, palabra ni oferta,
 Mas que su necia esperanza.
 RODRIGO. Pues sin acomodo queda,
 Dad la mano al punto vos.
 DAMIAN. Yo no me caso con ella.
 RODRIGO. Pues ¿por qué?
 DAMIAN. Por ser quien es.
 JERÓNIMA. Pues no quede yo en afrenta :
 Cáseme, y sea el que fuere,
 Sombra de marido tenga ;
 Cumplid, don Damian, lo que
 Me ofrecéis por estas letras.
 (Saca un papel.)
 RODRIGO. No hay remedio.
 DAMIAN. Si no le hay,
 Preciso es que me convenga,
 Aunque desde aqueste instante
 Mi infierno ya en vida empieza
 Con tal mujer.
 ROQUE. Chica.
 MARTINA. ¿Qué?
 ROQUE. ¿Te cansas de ser soltera?
 MARTINA. Yo sí.
 ROQUE. Pues daca esa mano

MARTINA. ¿Y comer?

ROQUE. Aqueso deja.

¿Con qué ha de comer tu ama,
Y se casa? pues pasa ella,
No hay que temer.

RODRIGO. A esta infame,

Porque obró como quien era,
Los vestidos de su prima
Quitadla.

MARÍA. No.

RODRIGO. Vayan fuera.

(Quitanla la bata, y queda muy ridicula.)

ROQUE. Si á él quitaran lo prestado,
Sin duda que pareciera,
Por la desnudez de entrambos
Matrimonio de Adan y Eva.

RODOS. Y todas las que la imiten,
Si para tias no quedan,
Pararán en el estado
Que paró la Petimetra.

1700	1700	1700
1701	1701	1701
1702	1702	1702
1703	1703	1703
1704	1704	1704
1705	1705	1705
1706	1706	1706
1707	1707	1707
1708	1708	1708
1709	1709	1709
1710	1710	1710
1711	1711	1711
1712	1712	1712
1713	1713	1713
1714	1714	1714
1715	1715	1715
1716	1716	1716
1717	1717	1717
1718	1718	1718
1719	1719	1719
1720	1720	1720
1721	1721	1721
1722	1722	1722
1723	1723	1723
1724	1724	1724
1725	1725	1725
1726	1726	1726
1727	1727	1727
1728	1728	1728
1729	1729	1729
1730	1730	1730
1731	1731	1731
1732	1732	1732
1733	1733	1733
1734	1734	1734
1735	1735	1735
1736	1736	1736
1737	1737	1737
1738	1738	1738
1739	1739	1739
1740	1740	1740
1741	1741	1741
1742	1742	1742
1743	1743	1743
1744	1744	1744
1745	1745	1745
1746	1746	1746
1747	1747	1747
1748	1748	1748
1749	1749	1749
1750	1750	1750

CARTA HISTÓRICA

SOBRE EL ORÍGEN Y PROGRESOS

DE LAS FIESTAS DE TOROS EN ESPAÑA (1)

ESCMO. SR. PRÍNCIPE PIGNATELLI,

El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su origen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado, y con violencia; porque las fiestas de aquella nación en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá tambien afirmar, que todas las acciones humanas deben su origen precisamente á los

(1) Lo curioso de la materia, lo breve de la extensión y lo escaso de los ejemplares de las anteriores ediciones (Madrid 1777, Valencia 1816) nos han inducido á insertar con algunas notas este opúsculo de don Nicolas Fernández de Moratín para dar alguna muestra de su prosa, escrita con ligereza, con lucidez y sin particular estudio, que hubiera sido impertinente en una composición epistolar.

antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no menor destreza que nuestros capeadores á los toros; y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos países ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun ántes de ser este aumentado con artificio.

La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la mas remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; sólo pasaré á decir que habiendo en este terreno la previa disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirian en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y cacerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo. Esto debió de ser por bizarria particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo XI tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano buscaba como podia al cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo, siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apaleaer bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historia de España*, llegando al año de 1100, dice: *Se halla en memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo sólo de España, etc.*

Tambien se halla en nuestras crónicas que el año 1124,

en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo tambien fiesta de toros.

Hubo tambien dicha funcin, y la enunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Lon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don Garcia de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacían con las circunstancias del día, y mucho ménos fuera de España, en donde se corrían tambien, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser ménos que con este desórden y atropellamiento, la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos: desgracia que no se verificara en España sienlo el ganado mucho más bravo (1). Por este suceso se

(1) En este punto parece que cegó á Moratin su hereditaria afición á las funciones de toros. No han ocurrido en nuestros tiempos frecuentes desgracias de este género; pero si hemos de dar crédito á escritores más antiguos, las hubo muy lamentables por su número y sus circunstancias. El padre Pedro de Guzman, jesuíta, que á principios del siglo xvii escribió un libro con el título de *Bienes del honesto trabajo*, decía que no se corrían toros vez en que no muriesen dos ó tres, ó á veces más hombres. « El mismo dia, añade, que se escribe esto murieron en esta corte en unas fiestas destas cuatro hombres, y en algunas han muerto en España mas. En Valladolid, en el año de 1612, en unas fiestas de la Cruz murieron en la plaza, corriéndose en ella unos toros, diez personas; y si se averigua, mueren en toda España un año con otro en estos ejercicios doscientas y aun trescientas personas, cosa digna de sentirse y llorarse mucho. » Bastantes años ántes escribía don Luis Zapata su *Miscelánea*, que existe manuscrita en la biblioteca nacional; y en el capítulo de *Toros y toreros* dice: « El peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiempos hayan muerto toros sino á Mateo Vázquez Coronado, alguacil mayor de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos días. » Pero el mismo escritor contradice despues en otro lugar de esta obra la singularidad de esta desgracia; pues cuando pasa á la manera nuevamente introducida en su tiempo de torear con garrochón, dice: « Mas aquel fué lastimoso caso de don Diego de Toledo, hermano natural del duque de Alba, un caballero mozo, muy gentil-hombre y muy señalado: andando á los toros en Alba con un garrochon á las alegrías de casamiento del duque su

prohibieron en Italia (1); pero en España prosiguieron perfeccionándose más cada día dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de don Juan el II, en que dejando de ser como ántes una especie de montería de fieras salvajinas, segun dice Zurita, formaron nueva época; pues entónces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizaria. Entónces se cree que se empezaron á componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros, y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca don Juan se casó con doña María de Aragón, en 20 de Octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó más

« hermano, puso á uno el hierro en la frente que no acertó á descogotarlo; dió un rebufo el toro en alto, revuelve el garrochon, y escurre por su misma mano, y dale con el cuento en un ojo, y pásasele y la cabeza y sesos, y sálele envuelto en ellos por la otra parte; y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma espada.» Sobre este suceso están llenos de lamentaciones los cantos populares de aquel tiempo. Después que esta lucha pasó, de noble afición que era, á oficio estipendiado, la exposición se hizo menor; porque el repelido uso enseñalos medios de evitarla; por lo cual, sin dejar de reconocer las ventajas de ciertos ejercicios de gimnástica gentileza, propios de las clases elevadas, creemos que se ha dado un gran paso hácia la cultura, abandonando este género de valor y habilidad á lo que de ello forman particular estudio, y sacan su subsistencia.

(1) También se prohibieron en España más de dos siglos después, en 1567, por el papa san Pio V, y anteriormente había sido pedida su supresión por las córtes de Valladolid de 1555; pero la fición de los españoles y la condescendencia de otros pontífices volvieron á introducir las. En 1805 las prohibió de nuevo Cárlos IV; pero la interrupción duró pocos años, y su hijo Fernando VII estableció en Sevilla una escuela de tauromaquí para el fomento y perfección del arte, que como dice el autor en su oda á Pedro Romero (pág. 36) :

Solamente no es bárbara en España,

el genio caballeresco y el arte de la jineta (como consta de Jorje Manrique); y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable del torear á caballo como de una condicion indispensable. Et trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla; y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrisimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Vivarrambla; y de estas hazañas están llenos los romanceros y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Católicos, y estaba tan arraigada entónces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevia á prohibirla, como le dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor fray Hermano de Talavera, año de 1493, así : « de los toros sentí lo que vos decís, « aunque no alcancé tanto ; mas luego allí propuse con toda « determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en « que se corran ; y no digo defenderlos (esto es, prohibir- « los) porque esto no era-para mí á solas. »

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Cárlos V, aun con haber nacido y criándose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Cárlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un jabalí que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro jabalí en el bosque de Héras, donde le hirió el caballo; y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borcegui de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez, llamado por excelencia *el Toreador*. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente. Del rey don Sebastian de Portugal se escribe que ejecutó el rejonear *con mucha ciencia*; y se celebra tambien al famoso don Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas *cara á cara y á galope, y sin antojos ni banda el caballo*. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey don Felipe IV fué muy inclinado

á estas bizarrías, y ademas de herir á los toros, mató mas de cuatrocientos jabalíes, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse sólo con los toros, sino que pasando al África, no quisieron ser ménos que sus naturales; y así el marqués de Velada, siendo virey de Oran, salia muchas veces á los leones; y el conde de Lináres, gobernando á Tánger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y *que nadie le socorriese, por ningun accidente*. Llegó este ejercicio á extremo de reducirse á arte, y hubo autores que le trataron; y entre ellos se cuenta don Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballero de S. M., que imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves. Don Luis de Trejo, del órden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de *Obligaciones y duelo* de este ejercicio. Don Juan de Valencia, del órden de Santiago, imprimió tambien en Madrid *Advertencias para torear*. Y el año de 1643 don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero del órden de Santiago, imprimió en Madrid tambien *Ejercicios de la jineta*, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacían los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años ha admiró la corte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho don Gregorio de Tapia da várias reglas para torear, y trata la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo más notable que don Lope Valenzuela se queja entónces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. Don Diego de Tórres escribió unas *Reglas de torear*, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pié; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolas Antonio, hallará ciertamente mas autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la mas solemne que hubo fué el dia 30 de julio del año de 1725, á la que asistieron los reyes, en la plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas; y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas y esto

produjo otra nueva habilidad, y forma una cierta y nueva época de la historia de los toros.

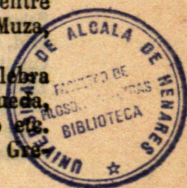
Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas córtes eran en aquellos siglos las mas cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola :

Para ver acosar toros valientes,
Fiesta un tiempo africana y despues goda,
Que hay les irrita las soberbias frentes, etc.

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y sólo se apeaban al empeño de á pié, que era cuando el toro le heria algun chulo ó al caballo, ó el jinete perdía el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc. ; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercen de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacon, etc.

Los moros torearon aun mas que los cristianos, por que estos, ademas de los juegos de cañas, sortija etc., que tambien tomaron de aquellos, tenian empresas, aventuras, justas y torneos, etc., de que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Búrgos y el sitio del Pardo ; pero extinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun mas en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Cárlos II, á quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas fiestas eran solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros ; entre estos hay memoria de Muza, Malique-Alabez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, ademas de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor ; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárata, Sástago, Riaño etc. Tambien fué insigne el conde de Villamediana ; y don Greg



gorio Gallo, caballero de S. M. y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, tambien diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; y el duque de Medinasidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy dia, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas habian de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Carlos II con doña María de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros (1).

Don Nicolas Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 su *Cartilla de torear*; y en su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso y don Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballero del duque de Medinasidonia; y tambien fué muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso el año de 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el

(1) A estos nombres de insignes lidiadores antiguos pudieran añadirse otros muchos, mereciendo distinguido lugar don Diego Ponce de Leon, hijo del marqués de Zahara, á quien celebran á porfía Gonzalo Argote de Molina, en su discurso de la *Montería*, don Luis Bañuelos en su libro de la *Jineta*, manuscrito, Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Quincuagenas*, y don Luis Zapata en la *Miscelánea* citada en la nota anterior. Miéntras este caballero lucia su singular destreza en Sevilla, gozaban de gran nombradía Pedro Aguayo de Heredia en Córdoba, don Rodrigo de Paz en Salamanca, don Diego Ramírez (nombrado por el autor) en Madrid, don Francisco Zapata en Granada, y en varios puntos de Castilla don Francisco de Guzman, marqués de Hardáles, y don Luis de Guzman, marqués de Algaba, quien, segun parece, fué el primero que toreó con garrochon, en competencia con otros, entre ellos don Pedro de Médicis, hermano del duque de Florencia.

mérito á los vivos); porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo ménos su perfeccion) es hazaña de este siglo.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desórden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragon, del cual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nacion; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló mas de cincuenta. Sólo se hacía lugar á los caballeros, y despues tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entónces no habia toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometian al toro acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y á pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio si Mocaco de Alhóndiga.

Hoy esto es insufrible, y no obstante en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes y en la plaza de Madrid, se mataron así los toros, desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la *Tauromaquia* escrita aquel año; prueba evidente de que no habia mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; despues fueron negros y mulatos, á los que tambien hacian los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalen* de desjarretar, dice:

... Que en Castilla los esclavos
Hacen lo mismo con los toros bravos.

Quando no habia caballeros, se mataba á los toros tirándolos garrochones desde léjos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Sálas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que

tocaban á desjarretar los capeaban tambien, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacian con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los piés del suelo, por mas que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con sólo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuacion; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26 se evidencia por Noveli que todavía no se ponian las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban arpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, el de Ronda, qué fué de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matándole cuerpo á cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas. Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetán, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto no se halla noticia de ningun estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid, en tiempo de Felipe IV

Tambien debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó tambien Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Despues vino el fraile de Pinto, y luego el fraile del Rastro, y Lorenzillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrísimo licenciado de Fálces. Antiguamente hubo tambien en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de

Medinaceli, y tambien hácia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

Pero despues que se hizo la plaza redonda en el soto Luzon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Álamo el malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodríguez, ha puesto en tal perfeccion esta arte, que la imaginacion no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años há, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro á seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni en que le despaldillase ó le degollase, etc., pues aún á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la média luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion; y nuestra difunta reina Amalia al verla sentenció: « que « no era barbaridad, como la habian informado, sino di- « version donde brilla el valor y la destreza. »

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto várias veces un hombre sentado en una silla ó sobre una mesa, y con grillos á los piés poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros, cuando caen, suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamon le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros que con destreza y mucha fuerza pican á los toros con varas de detener: entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tienen dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varo, y Gómez, y Núñez, etc. (1).

(1) Despues de la época en que escribió el autor, han sido famosos en el arte los picadores Laureano Ortega, Corchado y

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo mas noticias. Quedo no obstante muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Madrid, 25 de Julio de 1776.

Alonso Ortiz ; y los espadas Manuel Conde, Costilláres, José Romero, José Delgado (Pepe Hillo) autor de un tratado, Perucho, Guillen, Leon, Arjona (Cúchares), Redondo (el Chiclanero), y Francisco Móntes, quien ha publicado tambien las reglas que le guian en sus suertes asombrosas.